LA EDAD DE LA RAZÓN

Thomas Paine

Consejo Nacional
para la

La Edad de La Razón
Thomas Paine

Capítulo I
La profesión de Fe del Autor

Ha sido mi intención, por varios años ya, publicar mis ideas sobre Religión; estoy muy consciente de las dificultades que significan atender el tema, y desde esa consideración, la he reservado a un periodo más avanzado de la vida. Era mi intención que esto fuera lo último que ofreciera a mis conciudadanos de todas las naciones, y esto en un momento en el que la pureza del motivo que me induce a ello no admitiera cuestionamiento alguno, inclusive de aquellos que puedan no aprobar el trabajo.

Las circunstancias que ahora ocurren en Francia, de la abolición de todo orden nacional de sacerdocio, y de todo aquello que forme parte de sistemas compulsivos de religión y objetos compulsivos de fe, no solamente ha precipitado mi intención, si no que presenta un trabajo de esta naturaleza como algo extremadamente necesario, no sea que, en los escombros de la superstición, de falsos sistemas de gobierno y falsa teología, perdamos de vista la moralidad, la humanidad y la verdadera teología.

Así como varios de mis colegas y otros conciudadanos de Francia, me han dado el ejemplo de expresar su voluntaria e individual profesión de fe, igualmente quiero hacer la mía, y lo hago con toda la franqueza y sinceridad con la que la mente del hombre se comunica consigo mismo.

Yo creo en un Dios y no más; y tengo la esperanza de la felicidad después de esta vida.

Creo en la igualdad del hombre, y creo que los deberes religiosos consisten en hacer justicia, amar la misericordia y esforzarse por hacer feliz a nuestro prójimo.

Pero, para que no se suponga que yo creo en muchas otras cosas además de éstas, voy, durante el progreso de este trabajo, a declarar las cosas en las que no creo, y mis razones para no creer en ellas.

No creo en el credo profesado por la iglesia judía, por la iglesia Romana, por la iglesia Griega, por la iglesia Turca, por la iglesia

Protestante, ni por cualquier otra iglesia que conozca. Mi propia mente es mi propia iglesia.

Todas las instituciones eclesiásticas nacionales, ya sean Judías, Cristianas o Turcas, me parecen nada menos que invenciones humanas creadas para horrorizas y esclavizar a la humanidad, y monopolizar el poder y el lucro.

Por esta declaración no es mi intención condenar a aquellos que creen lo contrario; ellos tienen el mismo derecho a sus creencias como yo a las mías. Pero es necesario para la felicidad del hombre, que él sea mentalmente fiel a sí mismo. La infidelidad no consiste en creer o en no creer, consiste en afirmar creer lo que no se cree.

Es imposible calcular el daño moral, por así decirlo, que la mentira mental ha producido en la sociedad. Cuando un hombre ha corrompido y prostituido tanto la castidad de su mente, para suscribir sus creencias profesionales con algo en lo que él no cree, él se ha preparado para cometer cualquier otro crimen. Él ha tomado el oficio del sacerdote por la razón del beneficio, y, en orden de estar calificado para ese oficio, él empieza con un perjurio. ¿Podemos concebir algo más destructivo para la moral que esto?

Tan pronto como publiqué el panfleto COMMON SENSE en América, vi la creciente probabilidad de que una revolución en el sistema de gobierno fuera seguida por una revolución en el sistema religioso. La adúltera conexión entre estado e iglesia, dondequiera que pase, ya sea Judía, Cristiana o Turca, efectivamente ha prohibido, por penalidades y penas, toda discusión sobre los credos establecidos, y sobre los primeros principios de la religión, que hasta que el sistema de gobierno sea cambiado, esos temas no puedan ser traídos abiertamente ante el mundo; pero que cuando sea que esto se lleve a cabo, será seguido por una revolución en el sistema de religión. Invenciones humanas y artificios-sacerdotales serían detectadas; y el hombre regresaría a la pura e in adulterada creencia en un Dios y no más.

Capítulo II
De Misiones y Revelaciones

Toda iglesia nacional o religión se ha establecido pretendiendo alguna misión especial de Dios, comunicada a ciertos individuos. Los Judíos tienen su Moisés; los Cristianos su Jesús Cristo, sus apóstoles y santos; y los Turcos su Mahoma; como si el camino a Dios no estuviera igualmente abierto a todo hombre.

Cada una de esas iglesias muestra determinados libros, a los cuales llama revelación o Palabra de Dios. Los judíos dicen que su Palabra de Dios se la dio Dios a Moisés cara a cara; los cristianos dicen que su Palabra de Dios vino por inspiración divina; y los turcos dicen que su Palabra de Dios (el Corán) fue traída por un ángel del paraíso. Cada una de esas iglesias acusa a la otra de incredulidad, y, por mi propia parte, no le creo a ninguna de ellas.

Como es necesario fijar ideas correctas a las palabras, antes de proceder adelante en el tema, voy a ofrecer algunas observaciones sobre la palabra Revelación cuando ésta es aplicada a la religión, ésta significa algo comunicado inmediatamente por Dios al hombre.

Nadie va a negar o disputar el poder del Todo Poderoso de hacer dicha comunicación si así le place. Pero admitiendo, por el bien del caso, que algo le ha sido revelado a cierta persona, y no revelado a alguna otra persona, ello es revelación sólo para esa persona. Cuando él da cuenta a una segunda persona, una segunda a una tercera, una tercera a una cuarta y así en adelante, ello deja de ser una revelación para todas esas personas. Es revelación para la primera persona únicamente y rumores para cualquier otro, y, consecuentemente, ellos no están obligados a creerlo.

Es una contradicción en términos ideológicos llamar a algo una revelación cuando lo conocemos de segunda mano, así sea verbalmente o en escritos. Una revelación está necesariamente limitada a la primera comunicación. Después de esto, es sólo la cuenta de algo que lo que una persona afirma le fue revelado; y aunque él se sienta obligado a creerlo, no puede ser de mi incumbencia creerlo de la misma manera, ya que no

fue una revelación hecha a mi persona, y yo sólo tengo su palabra al respecto de que ésta le fue revelada a él.

Cuando Moisés le dijo a los hijos de Israel que había recibido de manos de Dios dos tabletas con los mandamientos, ellos no estaban obligados a creerle, porque no tenían otra autoridad más para creerlo que el mismo Moisés afirmándolo; y yo no tengo otra autoridad para ello que algún historiador afirmándolo así, ya que los mandamientos no cargan ninguna evidencia interna de divinidad con ellos. Ellos contienen algunos buenos preceptos morales así como podría procurarlos cualquier hombre calificado para legislar, sin tener que recurrir a una intervención sobrenatural. [NOTA: Es necesario, sin embargo, exceptuar la declaración que dice que Dios "castiga a los hijos por los pecados del padre" Esto es contrario a todo principio de justicia moral. -Autor]

Cuando me dicen que el Corán fue escrito en el Paraíso y entregado a Mahoma por un ángel, el hecho se acerca al mismo tipo de evidencia por tercera persona y autoridad de segunda mano que el anterior. Yo no vi al ángel y por lo mismo tengo el derecho a no creerlo.

De cualquier forma, no es difícil explicar el crédito que se le dio a la historia de que Jesús Cristo era el Hijo de Dios. Él nació en una época cuando la mitología pagana tenía forma y reputación en el mundo, y esa mitología habría preparado a la gente para creer en una historia tal. Casi cualquiera de los hombres extraordinarios que habían vivido bajo la mitología pagana tenía la reputación de ser hijos de alguno de sus dioses. No era nada nuevo en esos tiempos creer que un hombre había sido engendrado celestialmente; las relaciones de dioses con mujeres eran entonces una cuestión de opinión familiar. Su Júpiter, de acuerdo con sus testimonios, había cohabitado con cientos; entonces la historia no tenía nade de nuevo ni de maravilloso ni de obsceno; era algo adecuado a las opiniones que prevalecían entre la gente llamada Gentiles o mitólogos, y era sólo esa gente quién así lo creía. Los judíos, quienes habían conservado estrictamente la creencia en un solo Dios, y no más, y quienes siempre habían rechazado la mitología pagana, quienes nunca acreditaron la historia.

Es curioso observar como la teoría de lo que es llamado la Iglesia Católica, surgió de la cola de la mitología pagana. Una incorporación

directa tuvo ocasión en la primera instancia al hacer que el reputado fundador fuera celestialmente engendrado. La trinidad de dioses que siguieron entonces, no era otra cosa que una reducción de la anterior pluralidad, que era de alrededor de veinte o treinta mil. La estatua de María sucedió a la estatua de Diana o Efesio. La edificación de héroes cambió a la canonización de santos. Los Mitólogos tenían dioses para todo; los Mitólogos Cristianos tenían santos para todo. La iglesia se vio atiborrada de unos como el panteón había sido con los otros; y Roma era el lugar para ambos. La teoría Cristiana es poco menos que la idolatría de los antiguos mitólogos, acomodada a los propósitos de poder y beneficios; y sin embargo permanece para la razón y la filosofía abolir el anfibio fraude.

Capítulo III
A cerca de la persona de Jesús Cristo
y su historia

Nada de lo que se diga aquí puede aplicar, incluso con la falta de respeto más distante, con la verdadera persona de Jesús Cristo. Él fue un hombre afable y virtuoso.

La moral que el predicaba y practicaba era del tipo más benevolente; y aunque sistemas morales similares habían sido predicados por Confucio y por otros filósofos Griegos muchos años antes, ahora por los Cuáqueros y por muchos hombres buenos en todas las épocas, ella no ha sido superada por nadie.

Jesús Cristo no dio cuenta alguna de su persona, de su nacimiento, sus parentescos o nada más. Ni una línea de lo que se le llama el Nuevo Testamento es de su escritura. Su historia es un conjunto del trabajo de otra gente; y en cuanto a la historia de su resurrección y su ascensión, era la contraparte necesaria a la historia de su nacimiento. Sus historiadores, habiendo traído lo al mundo en una forma sobrenatural, estaban obligados a llevárselo de nuevo en la misma manera, o habrían derribado la primera parte de la historia.

La desdichada circunstancia en la que esta parte final fue contada, supera a cualquiera de las anteriores. La primera parte, aquella de la concepción milagrosa, no fue nada admitido públicamente; y por lo tanto los relatores de esta parte de la historia tenían esto a su ventaja, que aunque no fueran acreditados, no podían ser detectados. No se esperaba que ellos lo probaran, porque no era una de esas cosas que necesitaran de prueba, y era imposible que la persona de quién se decía esto pudiera probarlo.

Pero la resurrección de la tumba por una persona muerta, y su ascensión por el aire, es una cosa muy diferente, en lo relativo a la evidencia que esto admite, contra la invisible concepción de un niño en la matriz. La resurrección y la ascensión, suponiendo que hubieran ocurrido, admiten demostración pública y ocular, como la ascensión de un globo o la del sol a medio día, por lo menos para todo Jerusalén. Algo que es requerido para todos creer, necesita que la prueba y la evidencia

de ello sea para todos igual y universal; y como la visibilidad pública de éste último relato era la única evidencia que podría sancionar la parte anterior, la totalidad cae a tierra, porque nunca fue proporcionada la evidencia. En lugar de esto, un pequeño número de personas, no más de ocho o nueve, son introducidos como representantes para todo el mundo, para decir que ellos lo vieron, y todo el resto del mundo son llamados a creer en ello. Pero parece que Tomás no creyó en la resurrección; y, como ellos dicen, no lo creería sin tener una demostración ocular y manual por sí mismo. Así es que yo tampoco; y la razón es igualmente válida para mí, y para cualquier otra persona como lo fue para Tomás.

En vano son los intentos por ocultar o disfrazar esta cuestión. La historia, hasta donde se relaciona con lo sobrenatural, tiene todas las marcas de fraude e imposición estampadas en la frente. Es imposible para nosotros saber quiénes fueron los autores, así como se nos asegura que los libros que dan cuenta de ello fueron escritos por la gente cuyos nombres llevan. La evidencia que tenemos que mejor ha sobrevivido con respecto a estas cuestiones son los Judíos. Ellos son regularmente descendientes de la gente que vivió en los tiempos en los que dicen haber ocurrido esta resurrección y ascensión, y ellos dicen que "no es verdad". Hace mucho me ha parecido una inconsistencia citar a los judíos como prueba de la veracidad de la historia. Es lo mismo que si alguien dijera, voy a probar la veracidad de lo que te he dicho al presentarte a la gente que dice que es falso.

Que una persona como Jesús Cristo existió, y que fue crucificado, que era el modo de ejecución de la época, son relaciones históricas estrictas con los límites de probabilidad. Él predicaba la más excelente moral y la equidad del hombre; pero predicaba también en contra de la corrupción y la avaricia de los sacerdotes Judíos, y trajo a sí mismo el odio y la venganza de todo el sacerdocio. La acusación que aquellos sacerdotes trajeron en su contra fue aquella de sedición y conspiración en contra del gobierno Romano, al cual los judíos eran súbditos y a quien tributaban; y no es improbable que Jesús Cristo haya contemplado liberar a la nación Judía del cautiverio Romano. De cualquier forma, entre los dos, este reformador virtuoso y revolucionario perdió la vida. [NOTA: La obra Francesa dice aquí: "De cualquier manera, por una u

otra de estas suposiciones, este reformador virtuoso, este revolucionario, muy poco imitado, muy olvidado, muy incomprendido, perdió la vida. - Editor. (Conway)]

Capítulo IV
De las Bases de La Cristiandad

Es sobre esta simple narrativa de hechos, junto con otro caso al que voy a hacer mención, que los mitólogos Cristianos, llamándose a ellos mismos Iglesia Cristiana, han edificado su fábula, la que por absurda y extravagante no ha sido superada por nada que se encuentre en la mitología de los antiguos.

La antigua mitología nos dice que la raza de Gigantes hizo la guerra contra Júpiter, y que uno de ellos lanzó cien rocas contra él en un solo lanzamiento, que Júpiter lo venció con estruendo, y lo confinó después al Monte Etna; y que cada vez que el Gigante da una vuelta, el Monte Etna escupe fuego. Es fácil de ver aquí que la situación de la montaña, esto es siendo un volcán, sugirió la idea de la fábula; y que la fábula está hecha para ajustarse con esta circunstancia.

Los mitólogos Cristianos dicen que su Satán hizo la guerra contra el Todo Poderoso, quién lo venció y lo confinó después, no bajo una montaña, si no a un pozo. Aquí es fácil ver que de la primera fábula surgió la idea de la segunda; ya que la fábula de Júpiter y los Gigantes aconteció cientos de años antes de la de Satán.

Hasta ahora los antiguos y los mitólogos Cristianos difieren muy poco los unos de los otros. Pero los segundos se las ingeniaron para llevar el asunto mucho más lejos. Ellos han logrado conectar la fabulosa parte de la historia de Jesús Cristo con la fábula originaria del Monte Etna; y, en pos de ordenar todas las partes, han tomado para su ayuda las tradiciones Judías, porque la mitología Cristiana está integrada en parte por la antigua mitología y en parte por las tradiciones Judías.

Los mitólogos Cristianos, tras haber confinado a Satán en un pozo, fueron obligados a dejarlo salir de nuevo para traer la secuela de la fábula. Después es introducido al jardín del Edén en la forma de una víbora, o una serpiente, y en esa forma es que entabla una conversación familiar con Eva, quién no se sorprende en forma alguna al oír hablar a una víbora; y el asunto de este tete-a-tate es, que él la persuade de comer una manzana, y el hecho de comer esa manzana condena a todo el género humano.

Después de otorgarle este triunfo a Satán sobre toda la creación, uno supondría que los mitólogos de la iglesia hubieran sido lo suficientemente amables para enviarlo de vuelta al pozo, o, de no hacer esto, que le hubieran puesto una montaña encima, (ya que ellos dicen que la fe mueve montañas) o lo hubieran pues debajo de una montaña, como lo habían hecho los anteriores mitólogos, para prevenir que él anduviera de vuelta entre las mujeres, haciendo travesuras. Pero en lugar de esto ellos lo dejan ser, sin siquiera condicionarle la libertad. El secreto para esto es que ellos no podían seguir sin él; y después del trabajo para crearlo, lo sobornaron para que se quedara. Le prometieron TODOS los Judíos, TODOS los Turcos por anticipación, nueve décimas partes del mundo además, y Mahoma en el trato. Después de esto, ¿quién puede dudar de la generosidad de La Mitología Cristiana?

Habiendo creado una insurrección y batalla en el paraíso, en la que ninguno de los combatientes podía ser herido o muerto –pongan a Satán en un pozo – déjenlo salir de vuelta – denle un triunfo sobre toda la creación – condenen a toda la humanidad por la ingesta de una manzana, ahí los mitólogos cristianos juntan los dos extremos de la fábula. Ellos representan este afable y virtuoso hombre, Jesús Cristo, en ser al mismo tiempo ambos, Dios y hombre, y también el Hijo de Dios, engendrado celestialmente, destinado a ser sacrificado, porque dicen que Eva en su añoranza [NOTA: La obra Francesa dice: "cediendo a un desenfrenado apetito. -Editor.] Comió una manzana.

Capítulo V
Examen Detallado de las Anteriores Bases

Haciendo a un lado cualquier cosa que incite a la risa por su absurdidad, o detestación por su profanidad, y confinándonos meramente al examen de las partes, es imposible concebir una historia más derogatoria al Todo Poderoso, más inconsistente con su sabiduría y más contradictoria con su poder, que esta historia.

En orden de hacer para ella un cimiento en dónde construir, los inventores estaban bajo la necesidad de darle al ser que ellos llaman Satán un poder tan grandioso, si no superior, al que le atribuyen al todo Poderoso. Ellos no sólo le han dado el poder de liberarse por sí mismo del pozo, después de lo que ellos llaman su caída, pero ellos hicieron crecer después ese poder a la infinidad. Anterior a su caída ellos lo representan tan sólo como un ángel de limitada existencia, casi como ellos representan al resto. Después de su caída, él se convierte, por cuenta de ellos, en omnipresente. Él existe en todo lugar, y al mismo tiempo. Él ocupa el total de la inmensidad del espacio.

No contentos con esta edificación de Satán, ellos lo representan como venciendo por estratagemas, en la forma de un animal de la creación, todo el poder y la sabiduría del Todo Poderoso. Ellos lo representan habiendo obligado al Todo Poderoso a la necesidad de rendir el total de la creación para gobernar y someter a este Satán, o capitular para su redención viniendo a la tierra y exhibiéndose sobre una cruz en forma de hombre.

Si los inventores de esta historia la hubieran contado de la manera contraria, esto es, si hubieran representado al Todo Poderoso obligando a Satán a exhibirse sobre una cruz en la forma de una víbora, como castigo por sus nuevas trasgresiones, la historia hubiera sido menos absurda, menos contradictoria. Pero en lugar de esto hacen triunfar al transgresor y hacen fallar al Todo Poderoso.

Que muchos hombres de bien hayan creído esta extraña fábula, y que hayan vivido muy buenas vidas bajo esta creencia (porque la credulidad no es ningún crimen) es de lo que no tengo ninguna duda. En primer lugar, ellos fueron educados para creerla, y ellos hubieran creído

cualquier cosa de la misma manera. También hay muchos que han sido tan emotivamente embelesados por la idea que Dios expresó su infinito amor al hombre sacrificándose a sí mismo, que la vehemencia de la idea ha prohibido y los ha disuadido de examinar lo absurdo y profano de la historia. Lo más innatural algo puede ser, lo más posible de convertirse en el objeto de funesta admiración. [NOTA: La obra en Francés dice: "ciega y" antes de funesta". -Editor.]

Capítulo VI
De La Verdadera Teología

Pero si nuestro deseo son objetos para gratitud y admiración, ¿no se nos presentan estos ante nuestros ojos a cada hora? ¿Acaso no vemos una justa creación preparada para recibirnos en el instante en que nacemos – un mundo preparado a nuestras manos, que no nos costó nada? ¿Somos nosotros los que encendemos el sol; los que hacemos caer la lluvia y llenamos la tierra con abundancia? Ya sea que durmamos o despiertos, la vasta maquinaria del universo sigue adelante. ¿Acaso estas cosas, y las bendiciones que ellas indican en un futuro, no significan nada para nosotros? ¿Pueden nuestros burdos sentimientos ser estimulados por ningún otro objeto más que la tragedia y el suicidio? ¿O se ha vuelto tan intolerable el pesimista orgullo del hombre, que nada lo alienta más que el sacrificio del Creador?

Sé que esta osada investigación va a alarmar a muchos, pero estaría pagando un gran cumplido a su credulidad abstenerse a tal caso. Los tiempos y el tema demandan que se haga. La sospecha de que la teoría de lo que se llama iglesia Cristiana es fabulosa, se ha extendido por todos los países; y será un consuelo para hombres asombrados bajo tal sospecha, y dudando qué creer y qué no creer, poder ver la materia libremente investigada. Por lo mismo paso ahora a la examinar los libros llamados el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Capítulo VII
Examinando el Antiguo Testamento

Estos libros, empezando con Génesis y terminando con Revelaciones, (que, por cierto, es un libro de acertijos que requiere una revelación para explicarlo) son, nos han dicho, la palabra de Dios. Es, por eso, lo propio para nosotros saber quién nos lo dijo, para así saber que crédito darle al reporte. La respuesta a esta pregunta es, que nadie puede decir, excepto que nos lo digamos los unos a los otros. Como quiera que sea, el caso parece ser el siguiente:

Cuando los mitólogos de la iglesia establecieron su sistema, ellos recopilaron todos los escritos que pudieron encontrar, y los manejaron como quisieron. En conjunto, es una cuestión de incertidumbre para nosotros saber si los escritos que aparecen bajo el nombre del el Antiguo y el Nuevo Testamento, existen en el mismo estado en el que los recopiladores dicen haberlos encontrado; o si ellos alteraron, adicionaron, abreviaron o los arreglaron.

Como quiera que sea, ellos decidieron por medio del voto cuáles de los libros del conjunto que habían integrado, deberían de ser LA PALABRA DE DIOS, y cuáles no. Ellos rechazaron varios; votaron a otros como dudosos, aquellos libros llamados Apócrifos; y aquellos libros que lograron la mayoría de los votos, fueron votados ser la palabra de Dios. Si su voto hubiera sido otro, toda la gente que desde entonces se llaman a sí mismos Cristianos, hubieran creído en otras cosas; ya que la creencia en una cosa viene del voto de la otra. No sabemos nada de la gente que hizo todo esto. Ellos se identifican a sí mismos bajo el nombre genérico de Iglesia; y esto es todo lo que sabemos del asunto.

Al no tener otra evidencia externa o autoridad para creer que estos libros son la palabra de Dios, más que lo antes mencionado, que no presenta evidencia ni autoridad alguna, a continuación, examino la evidencia interna contenida en los propios libros.

En la parte anterior de este ensayo, he hablado sobre la revelación. Ahora me extiendo más allá con ese tema, con el propósito de aplicarlo a los libros en cuestión.

Revelación es una comunicación de algo, mismo que la persona a quién le es comunicada, no conocía antes. Ya que si yo he hecho algo o he visto hacerlo antes, aquello no necesita una revelación que me diga que yo lo he hecho, lo he visto, ni me posibilita para contarlo o escribirlo.

El término revelación, por lo mismo, no puede ser aplicado a nada hecho sobre la tierra de lo que el hombre mismo sea actor o testigo; y consecuentemente toda la parte histórica y anecdótica de la Biblia, que es casi su totalidad, no está dentro del significado o comprensión de la palabra revelación, y, entonces, no es la palabra de Dios.

Cuando Sansón huyó con los postes de la puerta a Gaza, si es que alguna vez lo hizo, (y si lo hizo o no, no es nada que nos importe) o cuando visitó a Dalila, o atrapó sus zorros, o hizo cualquier otra cosa, ¿Qué tiene que ver una revelación con todas estas cosas? Si éstos fueran hechos, él podría dar cuenta de ellos por sí mismo; o su secretario, si tenía alguno, pudo escribirlos, si eran dignas de ser contadas o escritas; y si eran ficciones, una revelación no podría hacerlas verdad; y ya sea verdad o no, nosotros no somos ni mejores ni más sabios para saberlo. Cuando contemplamos la inmensidad de ese Ser, quién dirige y gobierna la incomprensible TOTALIDAD, de la que el mayor conocimiento en la perspectiva del hombre puede descubrir tan solo una parte, nos debería de dar vergüenza llamar tales tristes historias la palabra de Dios.

En cuanto al hecho de la creación, con la que el libro del Génesis empieza, tiene toda la apariencia de ser una tradición entre los Israelitas anterior a su llegada a Egipto; y tras su salida de ese país, la colocaron a la cabeza de su historia, sin decir, ya que lo más seguro es que no lo supieran, cómo llegaron a ella. La forma en la que la historia empieza, indica que es una tradición, Comienza abruptamente. Nadie está hablando. Nadie escucha. "Está dirigida a nadie. No tiene ni primera ni segunda o tercera persona. Tiene todo criterio para ser una tradición. No hay narrador. Moisés no la hace suya al presentarla con la formalidad que usa en otras ocasiones, como aquellas en las que dice, "El Señor habló a Moisés, diciendo."

Por qué se le ha llamado la versión Mosaica de la creación, no lo concibo. Moisés, creo yo, juzgaba bastante bien esos temas como para

poner su nombre a esta historia. Él fue educado entre los Egipcios, que eran un pueblo tan hábil en las ciencias, y particularmente en la astronomía, como cualquier otro pueblo en su día; y el silenció y la precaución que Moisés observa, al no autentificar la versión, es una buena contra evidencia de que él ni la contó ni la creía. – El caso es, que cualquier nación o pueblo ha sido creadores del mundo, y los Israelitas tenían todo el derecho de continuar la costumbre de crear el mundo como el resto; y Moisés no era un Israelita, tal vez el decidió contradecir la tradición. La versión, como quiera que sea, es inofensiva; y esto es más de lo que se puede decir de muchas otras partes de la Biblia.

Siempre que leemos las historias obscenas, el voluptuoso libertinaje, las crueles y tortuosas ejecuciones, el implacable rencor, con la que más de la mitad de la Biblia [NOTA: Es de tener en mente que por la palabra "Biblia" Paine se refiere únicamente al Antiguo Testamento. - Editor.] Está llena, sería más coherente que la llamáramos la palabra de demonio, que la Palabra de Dios. Es una historia de maldad, que ha servido para corromper y brutalizar a la humanidad, y por mi propia parte, sinceramente la detesto, como detesto todo lo que es cruel.

Apenas nos encontramos algo, exceptuando algunas frases, que merezca nuestro aborrecimiento o nuestro desprecio, hasta que llegamos a las partes misceláneas de la Biblia. En las anónimas publicaciones de los Salmos y el Libro de Job, particularmente en el segundo, encontramos en gran medida el elevado sentimiento expresado el poder y la bondad del Todo Poderoso; pero no ocupan un rango mayor a otras composiciones con el mismo tema, tanto anteriores a esos tiempos como hasta ahora.

Los Proverbios que dicen ser de Salomón, aunque más probablemente sean una recopilación, (porque descubren una sabiduría de la vida que su situación en la vida lo excluía de tenerla) son una instructiva tabla ética. Son inferiores en entusiasmo a los proverbios de los españoles, ni más sabios o económicos que aquellos del Americano Franklin.

Todas las partes restantes de la Biblia, generalmente conocidas por el nombre de los Profetas, son los trabajos de los poetas Judíos y predicadores itinerantes, quienes mezclaban poesía, anécdotas y devoción juntas – y esos trabajos todavía retienen el aire y estilo poético,

aunque en traducción. [NOTA: Al haber muchos lectores que no reconocen una composición poética a menos que esté rimada, es para información de ellos que agrego esta nota.

La Poesía consiste principalmente de dos cosas - imaginería y composición. La composición poética difiere de la de la prosa en la manera en que mezcla sílabas largas y cortas conjuntamente. Saquen una sílaba larga de una línea poética, e introduzcan una corta en su lugar, o pongan una sílaba larga donde quiera que haya una corta, y esa línea perderá su harmonía poética. Esto tendrá un efecto en una línea como si equivocáramos el lugar de una nota en una canción.

La imaginería en estos libros llamados Los Profetas, se ajusta conjuntamente con la poesía. Es ficticia, y frecuentemente extravagante, e inadmisible en cualquier otro tipo de escritura diferente a la poesía.

Para ejemplificar que estas escrituras están compuestas en números poéticos, voy a tomar diez sílabas, como las encontramos en el libro, y hacer una línea del mismo número de sílabas, (métrica heroica) que rimen con la última palabra. Entonces se verá que la composición de ese libro está en métrica poética. El primer ejemplo que proporcionaré es de Isaías: --

Oíd, cielos, y escucha tú, tierra,
Dios mismo es quien pide por ella

Otro ejemplo que acotaré es del lamento de Jeremías, al que agregaré otras dos líneas por el propósito de continuar con la figura, y demostrando la intención del poeta.

¡Oh, si mi cabeza se hiciese aguas,
y mis ojos fuentes de lágrimas;
sin pasar la lluvia por las fraguas
del olvido en luces cáusticas. - Autor.]

[NOTA: Los anteriores versos fueron improvisados durante la traducción y tratan de ejemplificar la intención del autor. Los versos originales son:

"Hear, O ye heavens, and give ear, O earth
'T is God himself that calls attention forth.

Y en el *caso de Jeremías:*
"O, that mine head were waters and mine eyes"
Were fountains flowing like liquid skies?
Then would I give the mighty flood release
And weep a deluge for the human race. - Traductor.]

No hay, a lo largo del libro llamado La Biblia, ninguna palabra que nos describa lo que conocemos como poeta, ni alguna palabra que describa lo que conocemos como poesía. El caso es, que la palabra profeta, que con el tiempo ha asociado una nueva idea, era la palabra en La Biblia para poeta, y la palabra ‘profetizar’ significaba el arte de hacer poesía. También significaba el arte de ejecutar poesía al son de algún instrumento musical.

Leemos acerca de profetizar con pipas y cuerno, acerca de profetizar con arpas y salterios, con platillos y con cualquier otro instrumento musical de moda entonces de moda. Si ahora habláramos de profetizar con una flauta, o con una pipa y tambor, la expresión no tendría ningún sentido, o parecería ridícula, y para algunos, contenciosa porque habíamos cambiado el significado de la palabra.

Nos dicen que Saúl estando entre los profetas, y también que él profetizaba; pero no nos dicen lo que profetizaban, ni lo que él profetizaba. El caso es que, no había nada que decir; ya que estos profetas eran una compañía de músicos y poetas, y Saúl se incorporó al concierto, y a esto le llamaban profetizar.

El relato de esta situación que se da en el libro llamado Samuel, es, que Saúl se encontró a una compañía de profetas; ¡a una compañía completa de ellos! Bajando con un salterio, una tabla, una pipa y un arpa, y que ellos profetizaron, y que él profetizó con ellos. Pero después parece, que Saúl profetizó mal, esto es, que ejecutó mal su parte; ya que se dice que un “espíritu maligno de Dios [NOTA: Así como, hombres que se autoproclaman divino y comentadores gustan de formular enigmas unos con otros, dejo a ellos replicar el significado de la primera

parte de esta frase, aquella de un espíritu maligno de Dios. Yo me quedo con mi texto. Sigo al significado de la palabra profecía. -Autor.]Cayó sobre Saúl, y él profetizó."

Ahora, si no hubiera ningún otro pasaje en el libro llamado la Biblia, que éste, para demostrarnos que hemos perdido el significado original de la palabra profecía, y éste sustituido por otro en su lugar, éste por sí mismo sería suficiente; ya que es imposible usar y aplicar la palabra profecía, en el lugar que aquí se usa y se aplica, si le diéramos el sentido que en tiempos posteriores le hemos impuesto a la palabra. La manera en la que se usa aquí, la separa de cualquier significado religioso, e infiere que un hombre podría ser un poeta, o podría profetizar, así como ahora podría ser un poeta o un músico, sin ningún respecto a la moralidad o inmoralidad de su persona. La palabra era originalmente un término científico, promiscuamente aplicada a la poesía y a la música, e irrestricta a cualquier tema en referencia a la poesía o la música.

Deborah y Barak son llamados profetas, no porque predijeran nada, pero porque ellos compusieron un poema o una canción que lleva sus nombres, celebrando un acto pasado. David está catalogado entre los profetas, ya que era un músico, y es reputado de ser (aunque posiblemente de forma errónea) el autor de los Salmos. Pero Abraham, Isaac y Jacobo no son llamados profetas; no parece, por ninguna relación que tenemos, que ellos cantaban o ejecutaban música o hacían poesía.

Nos hablan de los profetas mayores y menores. También podrían hablarnos del mayor y menor Dios; ya que no puede haber grados en profetizar consistentemente con el sentido moderno de la palabra. Pero hay grados en poesía, y por lo mismo la frase es consistente al caso, cuando por ella entendemos a los poetas mayores y menores.

Después de esto, es conjuntamente innecesario hacer alguna observación acerca de lo que estos hombres, estilísticamente, escribieron. El hacha cae a la raíz, evidenciando que el significado original de la palabra ha sido equivocado, y consecuentemente toda deducción hecha a partir de estos libros, el devoto respeto que se les ha dado, y los laboriosos comentarios que se han escrito acerca de ellos, bajo ese significado erróneo, es indigno disputar acerca de ellos. – De cualquier forma, en muchas cosas, los escritos de los poetas Judíos,

merecen un mejor destino a aquél de haber sido asociados, como lo son ahora, con la basura que los acompaña, bajo el nombre de la Palabra de Dios.

Si nos permitimos concebir ideas correctas de las cosas, deberíamos necesariamente fijar la idea, no sólo de la inmutabilidad, pero de la total imposibilidad de que cualquier cambio esté ocurriendo, por cualquier medio o accidente, al cual honremos con el nombre de la Palabra de Dios; ergo la Palabra de Dios no puede existir en ningún lenguaje escrito o humano.

El continuo y progresivo cambio al que son sujetos los significados de las palabras, el deseo de un lenguaje universal que presenta la necesidad de traducción, los errores a los que estas traducciones son sujetas, los errores de los copistas y editores, junto con la posibilidad de la alteración intencional, son por sí mismas evidencias de que el lenguaje humano, ya sea escrito o hablado, no puede ser el vehículo de la Palabra de Dios. -La Palabra de Dios existe en otras cosas.

Acaso el libro llamado La Biblia superara en pureza de ideas y expresión a todos los libros que existen en el mundo, yo no lo tomaría como mi regla de fe, como si fuera La Palabra de Dios; porque la posibilidad sin duda existiría que se me estuviera imponiendo. Pero cuando veo a lo largo de la mayor parte de este libro apenas nada más que una historia de los más burdos vicios, y una colección de los cuentos más míseros y despreciables, no puedo deshonrar a mi Creador llamándolos por su nombre.

Capítulo VIII
Del Nuevo Testamento

Hasta aquí con La Biblia; ahora continuo con el libro llamado el Nuevo Testamento. ¡El nuevo Testamento! Esto es, la 'nueva' Voluntad, como si fueran posibles dos voluntades del Creador.

Si hubiera sido el objeto o la intención de Jesús Cristo establecer una nueva religión, indudablemente él habría escrito el sistema por sí mismo, o hubiera visto que éste fuera escrito durante su tiempo de vida. Pero no existe ninguna publicación autentificada a su nombre. Todos los libros llamados el Nuevo Testamento fueron escritos después de su muerte. Él era judío por nacimiento y por profesión; y era el hijo de Dios en la misma forma que cualquier otra persona lo es; ya que el Creado es el Padre para Todos.

Los primeros cuatro libros, llamados Mateo, Marcos, Lucas y Juan, no relatan la historia de la vida de Jesús Cristo, sólo tratan anécdotas sueltas sobre él. Al parecer, por lo que dicen éstos libros, el total del tiempo que se dedicó a predicador no fueron más de dieciocho meses; y únicamente fue durante este corto periodo de tiempo que estos hombres lo conocieron. Ellos hacen mención de Jesús a la edad de doce años, sentado, afirman, entre los doctores Judíos preguntando y contestando preguntas. Como esto ocurrió varios años antes de que lo conocieran, lo más probable es que la anécdota llegara a ellos por medio de sus padres. Y a partir de esa época no hay cuenta alguna de él por alrededor de dieciséis años. Dónde vivió, o en qué se empleó durante este intervalo, nadie lo sabe. Lo más probable es que estuviera trabajando en el oficio de su padre, que era el de carpintero. Al parecer no tenía ninguna educación escolar, y probablemente, no sabía escribir, ya que sus padres eran extremadamente pobres, como parece por el hecho de no haber podido pagar por una cama cuando él nació. [NOTA: Uno de los pocos errores rastreables de que Paine no tenía una Biblia a mano al escribir la Parte I. No hay ninguna indicación de que la familia era pobre, más el hecho opuesto puede inferirse. -Editor.]

Es de alguna manera curioso que las tres personas cuyos nombres son los más universalmente registrados tuvieran tan obscuro origen. Moisés fue recogido; Jesús Cristo nació en un establo; y Mahoma era un arriero.

El primero y el último de esos hombres fueron fundadores de sistemas religiosos distintos; pero Jesús Cristo no fundó ningún sistema nuevo. Él llamó a los hombres a practicar virtudes morales y la creencia en un solo Dios. El gran rasgo en su carácter es la filantropía.

La forma en la que fue aprehendido muestra que no era tan conocido en aquella época; y también muestra que las reuniones que tenía con sus seguidores eran en secreto; y que había suspendido o había dejado de predicar públicamente. Judas no podía traicionarlo de ninguna otra forma más que dando información sobre su ubicación y señalándolo ente los oficiales que fueron a arrestarlo; y la razón para emplear y pagar a Judas para hacer esto podrían inferirse únicamente por las causas antes mencionadas, aquellas de no ser muy conocido y de vivir escondido.

La idea de su ocultamiento, no sólo concuerda muy mal con su reputada divinidad, mas asocia con ello algo de pusilanimidad, y el ser traicionado, en otras palabras, siendo aprehendido debido a la información dada por uno de sus seguidores, muestra que el no pretendía ser aprehendido y consecuentemente, que no pretendía ser crucificado.

Los mitólogos Cristianos nos dicen que Cristo murió por los pecados del mundo, y que vino con el Propósito de morir. ¿No habría dado lo mismo que muriera por una fiebre o por una viruela, por vejez o por cualquier otra cosa?

La sentencia declaratoria que, se dice, se impuso a Adán, en caso de que haya comido la manzana, no fue que seguramente sería crucificado, si no que seguramente moriría. La sentencia fue de muerte y no del modo de morir. La crucifixión, entonces, o cualquier otra forma de morir, no formaba parte alguna de la sentencia que Adán habría de sufrir, y consecuentemente, incluso dentro de la su misma táctica, no podría ser parte de la sentencia que Cristo habría de sufrir en lugar de Adán. Una fiebre habría resultado tan buena como una cruz, si hubiera habido ocasión para cualquiera de ellas.

Esta sentencia a muerte, la cual nos dicen, fue impuesta sobre Adán, debió significar muerte natural, esto es, dejar de vivir, o debió significar lo que estos mitólogos llaman condenación, y consecuentemente, el acto

de morir en lo referente a Jesús Cristo, debió aplicarse, de acuerdo con su sistema, previniendo que una u otra de estas dos cosas le sucediera a Adán y a nosotros.

Que ello no evite nuestras muertes es evidente, porque todos morimos; y si sus relatos de longevidad fueran ciertos, el hombre muere más rápidamente desde la crucifixión que antes: y con respecto a la segunda explicación, (incluyendo en ella la muerte natural de Jesús Cristo como un sustituto de la muerte eterna o condenación de toda la humanidad,) eso representa impertinentemente al Creador revocando la sentencia, por una objeción y un juego de palabras alrededor de la palabra muerte. El autor de objeciones, San Pablo, si es que él escribió los libros que llevan su nombre, ha avanzado esta objeción creando otra objeción sobre la palabra Adán. El hace que existan dos Adanes; aquél que de hecho peca y por fuerza sufre; y el otro que por fuerza peca y de hecho sufre. Una religión así llena de objeciones, subterfugios y juegos de palabras, tiene la tendencia de instruir a sus profesores en la práctica de estas artes. Ellos adquieren el hábito sin estar conscientes de la causa.

Si Jesús Cristo fue el ser que estos mitólogos nos dicen que fue, y que vino a este mundo a sufrir, que es una palabra que en ocasiones usan en lugar de "morir", el único sufrimiento que pudo haber soportado habría sido el de "vivir". Su existencia aquí fue un estado de exilio del paraíso, y el camino de vuelta a su estado original era el de morir. -A la larga, todo en este extraño sistema es lo contrario a lo que pretende ser. Es lo contrario a la verdad, y estoy tan cansado de examinar sus inconsistencias y absurdos, que me apresuro a su conclusión, en orden de proceder hacia algo mejor.

Qué tanto, o qué partes de los libros llamados el Nuevo Testamento, fueron escritas por aquellas personas de quienes llevan el nombre, es algo de lo que hoy no podemos saber nada, ni estamos seguros en qué lenguaje fueron originalmente escritos. Las cuestiones que ahora contienen pueden ser clasificadas en dos géneros: anécdota y correspondencia epistolar.

Los cuatro libros ya mencionados, Mateo, Marcos, Lucas y Juan, son en conjunto anecdóticos. Relatan los eventos después de que ocurrieron, Narran lo que Jesús Cristo hizo y dijo, y lo que otros le hicieron y

dijeron; y en algunas instancias relatan el mismo evento de manera diferente. Revelación está necesariamente fuera de contexto con respecto a esos libros; no solamente por las diferencias entre los autores, sino porque el término revelación no se puede aplicar en relación a relatar hechos por las personas que los atestiguaron, ni la narración o registro de ningún discurso o conversación por aquellos que la escucharon, El libro llamado los Actos de los Apóstoles (un trabajo anónimo) pertenece también a la parte anecdótica.

Todas las partes restantes del Nuevo Testamento, a excepción del libro de enigmas, llamado Revelaciones, son una colección de letras bajo el nombre de epístolas; y la falsificación de cartas ha sido una práctica tan común en el mundo, que la probabilidad es al menos la misma, sobre si ellas son genuinas o falsificadas. De cualquier manera, una cosa es mucho menos inequívoca, y esto es, que de las cuestiones contenidas en esos libros, junto con la asistencia de otras viejas historias, la iglesia ha montado un sistema de religión muy contradictorio con el carácter de la persona cuyo nombre lleva. Ha montado una religión de pompa e ingresos pretendiendo imitar a una persona cuya vida fue la humildad y la pobreza.

La invención de un purgatorio, y su liberación del mismo mediante la oración, trajo dinero a la iglesia; la venta de perdones e indulgencias, son una ley de ganancias, sin llevar ese nombre o portando ese apariencia. Pero el caso es, sin embargo, que esas cosas derivan su origen del poder de la crucifixión, y de ahí se dedujo la teoría, que era, que una persona puede ocupar el lugar de otra, y puede llevar acabo servicios meritorios por él. La probabilidad, entonces, es, que el total de la teoría o doctrina de lo que llamamos redención (de la que se dice fue lograda por el acto de una persona en el lugar de otra) fue fabricada originalmente con el propósito de traer adelante y construir sobre ella todas esas redenciones secundarias; y que los pasajes de los libros sobre los que se construye la idea de la redención, han sido fabricados para ese propósito. ¿Por qué habremos de darle crédito a esta iglesia, cuando nos dice que esos libros son genuinos en todas sus partes, más de lo que le damos crédito por todo lo demás que nos ha dicho; o por los milagros que dice ha actuado? Que ella pudo fabricar escritos es una certeza, porque ella podía escribir, y la composición de los escritos en cuestión, es del tipo que cualquiera

podría hacerlas; y que de hecho ella las haya fabricado es no menos inconsistente con la probabilidad de aquella que ella afirma, como lo ha hecho, de que ella podía obrar y obró milagros.

Como, a tan larga distancia de tiempo, no se puede mostrar ninguna evidencia externa que pruebe, ya sea que la iglesia fabricó la doctrina llamada de la redención o no, (ya que dicha evidencia, ya sea a favor o en contra, sería sujeta a la misma sospecha de haber sido fabricada,) el caso puede ser referido únicamente a la evidencia interna que el asunto acarrea en sí mismo; y esto permite una fuerte presunción de haber sido esto una fabricación. Ya que la evidencia interna es, que la teoría o doctrina de la redención tiene por bases una justicia monetaria, y no aquella de la justicia moral.

Si yo debo dinero a alguien y no puedo pagarle, y él me amenaza con llevarme a prisión, otra persona puede adquirir la deuda para él, y pagarla en mi lugar, Pero si yo he cometido un crimen, cualquier circunstancia en el caso cambia. La justicia moral no puede tomar al inocente por el culpable aún si el inocente se ofreciera por sí mismo. Suponer que la justicia actuara así, es destruir el principio de su existencia, que es el objeto en sí. Entonces no es más justicia. Es venganza indiscriminada.

Dejen a alguien creer esto, y él vivirá más consistentemente y moralmente, que con cualquier otro sistema. Esto es enseñándole a contemplarse a sí mismo como un forajido, un paria, un mendigo, como un enfermo, como alguien echado como si fuera un desecho, a una inmensa distancia de su Creado, y a quién debe acercarse arrastrándose y avergonzándose ante criaturas intermediarias, que él concibe ya sea un despectivo desprecio por todo aquello bajo el nombre de religión, o se vuelve indiferente, o se convierte en lo que él llama devoto. En el último de los casos, él consume su vida en lamento, o la influencia de él. Sus oraciones son reproches. Su humildad es ingratitud. Se autodenomina un gusano, y la tierra fértil un desecho; y todas las bendiciones de la vida pasan a ser vanidades mal agradecidas. El desprecia el mejor regalo de Dios al hombre, el REGALO DE LA RAZÓN; y habiéndose esforzado para imprimir sobre sí mismo una creencia en un sistema contra el que la razón se revuelve, el, malagradecidamente, lo llama razón humana, como si el hombre pudiera darse a él mismo la razón.

Aun, con toda esta extraña apariencia de humildad, y este desprecio por la razón humana, él se aventura en la más audaz presunción, El encuentra fallas en todo. Su egoísmo nunca es satisfecho; su ingratitud no tiene fin. Él toma para sí imponer lo que el Todo Poderoso ha de hacer, incluso con el gobierno del universo. El reza dictatorialmente. Cuando hay sol, el ora por lluvia, y cuando hay lluvia el ora por sol. El sigue la misma idea en todo por lo que reza; porque ¿cuál es el propósito de todas sus plegarias más que un intento por hacer cambiar de idea al Todo Poderoso, y hacerlo actuar en contra de lo que hace? Es como si él dijera -tú no eres tan sabio como yo.

Capítulo IX
Aquello en lo que consiste una Verdadera Revelación

Pero algunos tal vez digan – ¿No habremos de tener palabra de Dios – ninguna revelación? Y yo contesto sí. Tenemos una Palabra de Dios; y existe una revelación.

LA PALABRA DE DIOS ES LA CREACIÓN QUE CONTEMPLAMOS: Y es en esta palabra, que ninguna invención humana puede falsificar o alterar, como Dios le habla universalmente al hombre.

El lenguaje humano es local y mutable, y por lo mismo es incapaz de ser usado como medio para una información inmutable y universal. La idea de que Dios envió a Jesús Cristo a publicar, como dicen, las buenas nuevas a todas las naciones, de un confín del mundo al otro, es sólo consistente con la ignorancia de aquellos que nada saben de lo extenso del mundo, y quienes creen, como lo hacían aquellos salvadores del mundo, y continuaron creyéndolo por muchos siglos, (e incluso contradiciendo los descubrimientos de filósofos y experimentados navegantes,) que la tierra era tan plana como una tabla, y que el hombre podía caminar al fin de ella.

Pero ¿cómo iba a dar a conocer algo a todas las naciones? Él podía hablar un solo lenguaje, que era el hebreo, y en el mundo existían varios cientos de lenguajes. Apenas un par de naciones hablaban el mismo lenguaje, o entendían algún otro; y en cuanto a las traducciones, todo hombre que sabe algo sobre lenguajes, sabe que es imposible traducir de una lengua a otra, no únicamente sin perder una gran parte del original, pero frecuentemente equivocando el sentido; y además a esto, el arte de la imprenta era totalmente desconocido los tiempos en los que Jesús vivió.

Es siempre necesario que los medios que han de alcanzar un fin sean iguales al cumplimiento de ese fin, o el fin no puede alcanzarse. Está en esto que la diferencia entre poder y sabiduría finitos o infinitos se descubren. El hombre falla en alcanzar sus fines, por la inhabilidad del poder para el propósito; y frecuentemente del deseo de sabiduría para aplicar el poder correctamente. Pero es imposible para el poder y la

sabiduría infinitos fallar como el hombre falla. Los medios que utiliza son siempre iguales al fin: pero el lenguaje humano, más especialmente al no haber un lenguaje universal, es incapaz de ser utilizado como medio para información inmutable e uniforme; y por esto no es el medio que Dios usa para manifestarse universalmente al hombre.

Es únicamente en La CREACIÓN que nuestras ideas y conceptos de la palabra de Dios se pueden unir. La Creación habla un lenguaje universal, independiente al hablar humano o los lenguajes humanos, tan múltiples y variados como estos puedan ser. Es un eterno original, que todo hombre puede leer. No puede ser falsificado, no se puede perder; no se puede alterar; no se puede suprimir. No depende de la voluntad del hombre si se ha de publicar o no; se publica a sí mismo de un confín de la tierra al otro. Predica a todas las naciones y a todos los mundos; y esta palabra de Dios revela al hombre todo lo que es necesario para el hombre saber de Dios.

¿Deseamos contemplar su poder? Lo vemos en la inmensidad de la creación. ¿Deseamos contemplar su sabiduría? La vemos en el inmutable orden en el que el incomprensible Absoluto es gobernado. ¿Deseamos contemplar su generosidad? La vemos en la abundancia que llena la tierra. ¿Deseamos contemplar su misericordia? La vemos en su voluntad de no retener esta abundancia incluso a los malagradecidos. En fin, ¿queremos saber lo que Dios es? No busquemos en un libro llamado la escritura, que puede producirla cualquier humano, más con la escritura llamada La Creación.

Capítulo X
En lo concerniente a Dios, y las luces proyectadas por la Biblia sobre su existencia y atributos.

La única idea que el hombre puede fijar al nombre de Dios, es aquella de una primera causa, la causa de todas las cosas. E, incomprensiblemente difícil como es para el hombre concebir lo que la primera causa es, el hombre llega a ella a partir desdoblar la dificultad mayor de no creerla. Es indescriptiblemente difícil concebir que el espacio pueda no tener fin; pero es más difícil concebir un fin. Es difícil más allá del poder del hombre concebir una duración eterna de lo que llamamos tiempo; pero es mayormente imposible concebir un tiempo cuando no habrá más tiempo.

De igual forma de razonar, todo aquello que contemplamos lleva en ella la evidencia interna de que ello no se hizo por sí mismo. Cada hombre es una evidencia a sí mismo, que él no fue creado por sí mismo; tampoco su padre se pudo crear solo, ni su abuelo, ni nadie de su raza; ni cualquier árbol, planta o animal se crean por sí mismos; y es la convicción que crece de esta evidencia, que nos lleva adelante, por necesidad, a la creencia de una primera causa eternamente existente, de una naturaleza totalmente diferente a cualquier existencia material que nosotros conozcamos, y por cuyo poder existen todas las cosas; y a esta primera causa, el hombre la llama Dios.

Es únicamente por el ejercicio de la razón, que el hombre puede descubrir a Dios. Quítenle esa razón, y él sería incapaz de entender nada; y en ese caso sería hasta tan consistente leerle ese libro llamado La Biblia a un caballo como a un hombre. Entonces ¿cómo es posible que esa gente pretenda rechazar la razón?

Prácticamente las únicas partes del libro llamado La Biblia, que nos expresan alguna idea de Dios, son algunos capítulos en Job, y el Salmo 19; No recuerdo ningún otro. Esas partes son composiciones realmente deístas; ya que tratan a La Deidad a través de sus obras. Ellos toman al libro de Creación como la palabra de Dios; ellos no se refieren a ningún otro libro; y todas las inferencias que hacen las toman de ese volumen.

Inserto en este lugar el Salmo 19, como parafraseado al verso inglés por Addison. No recuerdo la prosa, y mientras escribo esto no tengo la oportunidad de verlo.

El espacioso firmamento infinito,
Con todo el cielo etéreo azul,
Y paraísos en lentejuela, un marco luminoso,
Su gran proclamación original.
El incansable sol, día a día,
Muestra el poder de su Creador,
Y publica a cada tierra
El trabajo de una mano Toda Poderosa,
Y cada noche a la atenta tierra
Repite la historia de su nacimiento;
Mientras todas las estrellas que arden a su alrededor,
Y todos los planetas, en turno,
Confirman las noticias al girar,
Y esparcen la verdad de polo a polo.
Lo que, aunque en solemne silencio todas
Se mueven alrededor de esta obscura y terrena bola
Lo que, aunque sin voz ni sonido,
Entre sus radiantes órbitas hallarán,
Al oído de la razón todas se regocijan,
Y adelante exclaman en gloriosa voz,
Por siempre cantan mientras brillan,
LA MANO QUE NOS HIZO ES DIVINA.

¿Qué otra cosa desea el hombre saber, más que la mano o poder que hizo estas cosas es divina, es omnipotente? Permítanle creer esto, con la fuerza que es imposible de repeler si él le permite actuar a su razón, y el dominio de su vida moral le seguirá.

Las alusiones en Job tienen todas la misma tendencia que este Salmo; aquella de deducir o probar una ver dad que de otra manera sería desconocida, a partir de otras verdades ya conocidas.

No recuerdo lo suficiente de los pasajes de Job para insertarlos correctamente, pero hay uno que recuerdo que es aplicable al tema al

que ahora me refiero. "¿Descubrirás buscando los secretos de Dios? ¿Podrás encontrar al Todo Poderoso a la perfección?"

No sé cómo hayan apuntado este pasaje los impresores, ya que no tengo una Biblia; pero éste contiene dos preguntas distintas que merecen respuestas distintas.

Primero, ¿Descubrirás buscando los secretos de Dios? Sí. Porque, en primer lugar, yo sé que no me hice sólo, y sin embargo tengo una existencia; y buscando en la naturaleza de otras cosas, encuentro que ninguna otra cosa se pudo hacer por sí misma, y sin embargo existen millones de otras cosas; es por esto, que yo sé, como una conclusión positiva resultando de esta búsqueda, que hay un poder superior a todas estas cosas, y ese poder es Dios.

Segundo, ¿Podrás encontrar al Todo Poderoso a la perfección? No. No sólo porque el poder y la sabiduría que Él ha manifestado en la estructura de la Creación que yo contemplo me es incomprensible; pero porque hasta esta manifestación, grandiosa como es, probablemente no es más que una pequeña muestra de aquella inmensidad de poder y sabiduría, por la que millones de otros mundos, invisibles para mí por su distancia, fueron creados y continúan existiendo.

Es evidente que ambas preguntas fueron puestas a la razón de la persona a quien supuestamente fueron dirigidas; y es sólo admitiendo que la primera pregunta fuera contestada afirmativamente, que la segunda podría continuar. Hubiera sido innecesario, y hasta absurdo, haber puesto la segunda pregunta, más complicada que la primera, si la primera pregunta hubiera sido contestado negativamente. Las dos preguntas tienen objetos distintos; la primera se refiere a la existencia de Dios, la segunda a sus atributos. La razón puede descubrir la primera, pero queda infinitamente corta de descubrir la totalidad de la segunda.

No recuerdo un solo pasaje en todos los escritos adscritos a los hombres llamados apóstoles, que exprese alguna idea de lo que es Dios. Esos escritos son principalmente controversiales; y la obscuridad del tema sobre el que tratan, el de un hombre muriendo en agonía sobre una cruz, concuerda mejor con el obscuro genio de un monje en una celda, por quien no es imposible que fueran escritos, que a cualquier

hombre respirando el aire abierto de la Creación. El único pasaje que se me ocurre, que tenga alguna referencia al trabajo de Dios, por el que solamente se puede conoces su poder y sabiduría, se dice fue dicho por Jesús Cristo, como un remedio contra el cuidado receloso. "Contemplen los lirios del campo, que no trabajan, ni hilan. "Esto, de cualquier manera, por mucho es inferior a las alusiones en Job y en el Salmo 19; pero es similar en idea, y la modestia de la imagen corresponde a la modestia del hombre.

Capítulo XI
De La Teología de Los Cristianos; y La Verdadera Teología.

En lo que concierne al sistema de fe del Cristianismo, me parece como una especie de ateísmo; algo como una religiosa negación de Dios. Profesa creer en un hombre en lugar de creer en Dios. Es un compuesto hecho principalmente de hombre-ismo con poco deísmo, y está tan cerca del ateísmo como el crepúsculo lo está de la oscuridad. Introduce un opaco cuerpo entre el hombre y su Creador, a quien llama redentor, como la luna introduce su opaca silueta entre la tierra y el sol, y ella produce por este medio un eclipse de luz religioso o no religioso. Ha puesto toda la órbita de la razón en las sombras.

El efecto de esta oscuridad ha sido aquél de poner todo de cabeza, y representándola al revés; y entre las revoluciones que mágicamente ha producido, ha creado una revolución en la Teología.

Aquello que ahora se llama filosofía natural, agrupando todo el círculo de la ciencia, del cual la astronomía ocupa la posición principal, es el estudio de las obras de Dios, y del poder y la sabiduría de Dios en sus obras, y es la verdadera teología.

En cuanto a la teología que ahora se estudia en su lugar, es el estudio de las opiniones humanas y de las fantasías humanas concerniendo a Dios. No es el estudio de Dios mismo por medio de sus obras, más en las obras y escritos hechos por el hombre; y no se encuentra entre los menores daños que el sistema Cristiano ha traído sobre el mundo, también el haber abandonado el precioso y original sistema de teología, como un hermoso inocente, el agotar y reprochar, el hacer espacio a la vieja superstición.

El Libro de Job y el Salmo 19, los cuales hasta la iglesia admite ser más antiguos que el orden cronológico que ocupan en el libro llamado La Biblia, son oraciones teológicas conforme al sistema original de teología. La evidencia interna de estas oraciones prueba hasta una demostración que el estudio y la contemplación de las obras de creación, y el poder y sabiduría de dios revelada y manifestada en aquellas obras, formaba una gran parte de la devoción religiosa de los tiempos en que fueron escritas;

y fue este devoto estudio y contemplación lo que guió al descubrimiento de los principios sobre lo que ahora llamamos Ciencias se establecieron; y es al descubrimiento de esos principios que casi todas las Artes que contribuyen a posibilitar la vida humana, deben su existencia. Cada arte principal tiene algo de ciencia por padre, aunque la persona que mecánicamente ejecuta el trabajo, no siempre y muy rara vez, percibe la conexión.

Es un fraude del sistema Cristiano llamar a las ciencias "inventos humanos"; es sólo su aplicación la que es humana. Cada ciencia tiene como bases y sistema de principios fijos e inalterables como aquellos por los que el universo es regulado y gobernado. El hombre no puede hacer principios, él sólo puede descubrirlos.

Por ejemplo: Toda persona que ve un almanaque observa una cuenta sobre cuándo va a ocurrir un eclipse, y observa también que nunca falla en ocurrir según la cuenta ahí anotada. Esto muestra que el hombre conoce las leyes por las cuales se mueven los cuerpos celestes. Mas sería algo peor que ignorante, que alguna iglesia en el mundo afirmara que esas leyes son una invención humana.

También sería ignorancia, o algo peor, decir que los principios científicos, con cuya ayuda el hombre es capaz de calcular y predecir cuándo ocurrirá un eclipse, son invenciones humanas. El hombre no puede inventar nada que sea eterno e inmutable; y el principio científico que emplea para este propósito debe, y es, necesariamente, tan eterno e inmutable como las leyes por las que los cuerpos celestes se mueven, o no podrían ser usadas como lo son para acertar la hora cuándo y la forma cómo, un eclipse ha de ocurrir.

Los principios científicos que emplea el hombre para adquirir conocimiento anticipado de un eclipse, o de cualquier cosa relativa al movimiento de los cuerpos celestes, son contenidos principalmente en esa parte de la ciencia que es llamada trigonometría, o las propiedades de un triángulo, el cual, cuando aplicadas al estudio de los cuerpos celestes, es llamada astronomía; cuando aplicada a dirigir el curso de una nave en el océano, es llamada navegación; cuando aplicada a la construcción de figuras dibujadas con regla y compás, se la llama geometría; cuando aplicada a la construcción de planos de edificios, se le

llama arquitectura; cuando aplicada a la medición de cualquier porción de la superficie de la tierra, se le llama topografía. En fin, es el alma de la ciencia. Es una verdad eterna: contiene la demostración matemática de la que habla el hombre, y la totalidad de sus usos es desconocida.

Puede decirse, que el hombre puede hacer o dibujar un triángulo, y por lo mismo un triángulo es un invento humano.

Pero el triángulo, cuando dibujado, no es más que la imagen del principio: es una delineación para el ojo, y por lo tanto para la mente, de un principio que de otra manera sería imperceptible. El triángulo no hace al principio, tanto como una vela lleva a una habitación que estaba a oscuras, hace las sillas y mesas que anteriormente eran invisibles, Todas las propiedades de un triángulo existen independientes a la figura, y existen anteriormente a que cualquier triángulo fuera dibujado o pensado por el hombre, El hombre no tuvo más que ver en la formación de esos principios o propiedades, que lo que tuvo que ver en hacer las leyes por las cuales los cuerpos celestes se mueven; y entonces el uno deberá tener el mismo origen divino que el otro.

De la misma manera, puede decirse, en la que el hombre puede hacer un triángulo, así también, puede decirse, puede hacer un instrumento mecánico llamado la palanca. Pero el principio por el que la palanca actúa, es algo distinto del instrumento, y existiría si el instrumento no existiera; se adhiere al instrumento después de que éste es hecho; el instrumento, entonces, no puede actuar de otra manera a la que de hecho actúa; tampoco pueden todos los esfuerzos de invención humana hacerlo actuar de otra manera. Aquello que, en todos los casos similares, el hombre llama el efecto, no es otra cosa más que el principios mismo representado perceptiblemente a los sentidos.

Como, entonces, el hombre no puede hacer principios, ¿De dónde él ganó conocimiento de ellos, así como para ser capaz de aplicarlos, no sólo a cosas en la tierra, más para determinar el movimiento de de los cuerpos tan inmensamente distantes de él como lo están todos los cuerpos celestes? ¿De dónde, me pregunto, pudo él adquirir tal conocimiento, más que del estudio de la verdadera teología?

Es la estructura del universo la que le ha enseñado este conocimiento al hombre. Esa estructura es una eterna exhibición de todo principio sobre el cual se funda toda parte de la ciencia matemática. La descendencia de esta ciencia es la mecánica; ya que la mecánica no es otra cosa más que los principios de la ciencia aplicada prácticamente. El hombre que proporciona las distintas partes de un molino usa los mismos principios científicos como si tuviera el poder de construir un universo, pero como no puede dar a la materia esa cualidad por la que todas las partes que compones la inmensa máquina del universo tienen influencia una con la otra, y actúan en un movimiento unísono juntas, sin ningún contacto aparente, y al que el hombre ha dado el nombre de atracción, gravitación y repulsión, él suministra en lugar de esa cualidad con la humilde imitación de dientes y engranes. Todas las partes del microcosmos del hombre deben tocarse visiblemente. Pero él podría ganar conocimiento de esa cualidad, como para ser capaz de aplicarla en la práctica, entonces podríamos decir que otro libro canónico de la palabra de Dios se habría descubierto.

Si el hombre pudiera alterar las propiedades de la palanca, entonces así también podría alterar las propiedades del triángulo: ya que una palanca (refiriéndonos a esa clase de palanca llamada “steel-yard”, por cuestión de la explicación) forma, cuando en movimiento, un triángulo. La línea de la que desciende, (un punto de esa línea estando en el fulcro,) la línea a donde desciende, y la cuerda del arco, el cual describe el final de la palanca en el aire, son los tres lados de un triángulo. El otro brazo de la palanca describe un triángulo también; y los lados correspondientes de esos dos triángulos, calculados científicamente, o medidos geométricamente, – - y también los senos, tangentes y secantes generados por los ángulos, y geométricamente m4edidos, – tienen las mismas proporciones entre cada uno como lo tienen los diferentes pesos que habrán de balancearse uno a otro en la palanca, dejando el peso de la misma fuera del caso.

El poder que dos ruedas de diferentes magnitudes tienen entre cada una es en la misma proporción a aquel de los radios de las dos ruedas pegados uno al otro y convertidos en esa especie de palanca anteriormente descrita, suspendida en el punto donde los dos radios se juntan, ya que las dos ruedas, científicamente consideradas, no son otra

cosa más que dos círculos generados por el movimiento de la palanca compuesta.

Es del estudio de la verdadera teología que se deriva nuestro conocimiento científico; y es de ese conocimiento de donde se han originado las artes.

El profesor Todo Poderoso, al mostrar los principios de la ciencia en la estructura del universo, ha invitado al hombre a estudia y a imitarlo. Es como si el dijera a los habitantes de este globo que llamamos nuestro, " he hecho una tierra para que la habite el hombre, y he hecho visibles los cielos estrellados, para enseñarle las ciencias y las artes, Ahora puede proveer su propio confort, Y APRENDER DE MI MUNIFICENCIA A TODO, PARA QUE SEAN BUENOS LOS UNOS CON LOS OTROS."

¿Qué uso podría esto tener, a menos que sea para enseñarle algo al hombre, que su ojo está dotado con el poder para contemplar, a una distancia incomprensible, una inmensidad de mundos revolviéndose en el océano del espacio? ¿O cuál es la utilidad de que esta inmensidad de mundos sea visible para el hombre? ¿Qué tiene que ver el hombre con las Pléyades, con Orión, Con Sirus, con la estrella que él llama la estrella del norte, con los globos en movimiento que él ha llamado Saturno, Júpiter, Marte, Venus y Mercurio, si ninguna utilidad vendrá de la posibilidad de verlos? Una vista menos poderosa hubiera sido suficiente para el hombre, si la inmensidad que ahora posé le hubiera sido dada sólo para desperdiciarla, de tal manera, en un inmenso desierto de espacio puntualmente brillando.

Es sólo por la contemplación de lo que él llama los cielos estrellados, como el libro y escuela de ciencia, que él descubre cualquier utilidad en el hecho que le sean visibles, o cualquier ventaja que resulte de su inmensa visión. Pero cuando el contempla el sujeto bajo esta luz, él encuentra un motivo adicional para decir que nada fue hecho en vano; ya que en vano sería este poder de visión si no le enseñara nada al hombre.

Capítulo XII
Los Efectos del Cristianismo, en la Educación; Reformas Propuestas

Así como el sistema de fe del Cristianismo ha hecho una revolución en la teología, también ha hecho una revolución en el estado del aprendizaje. Aquello que ahora es llamado aprendizaje, no lo era originalmente. El aprendizaje no consiste, así como ahora lo hacen consistir las escuelas, en el conocimiento de lenguajes, si no en el conocimiento de cosas a las que el lenguaje da nombres.

Los Griegos eran gente culta, pero aprender con ellos no consistía en hablar Griego, nada más que en un Romano hablar Latín, o un Francés hablar Francés, o un Inglés hablar Inglés. Por lo que sabemos de los Griegos, no parece que ellos supieran o estudiaran algún otro lenguaje al suyo, y esta era una razón para que ellos se hicieran tan cultos; eso les ganaba más tiempo para aplicarse a mejores estudios. Las escuelas de los Griegos eran escuelas de ciencia y filosofía, y no de lenguajes, para que el conocimiento que los Griegos poseían pudiera darse a conocer entonces a otras naciones traduciendo los libros de ciencia y filosofía Griegos a las lenguas de origen de cada nación.

El estudio, entonces, del lenguaje Griego (y de la misma manera para el Latín) no era más que el arduo y excesivamente duro trabajo de un lingüista; y el lenguaje así obtenido, no era otro más que el medio, o por así llamarlo las herramientas, empleadas para obtener los conocimientos que tenían los Griegos. No formaba parte del aprendizaje en sí; y era tan distinto de ello como para ser excesivamente probable que las personas que habían estudiado bien el griego para traducir esos trabajos, como por ejemplo los Elementos de Euclides, no entendieran ninguno de los conocimientos contenidos en la obra.

Como ahora no hay nada nuevo que aprender de los lenguajes muertos, todos los libros útiles ya han sido traducidos, los lenguajes se han vuelto inútiles, y el tiempo que se utiliza en su enseñanza y aprendizaje es un desperdicio. En tanto el estudio de lenguajes pueda contribuir al progreso y comunicación del conocimiento (ya que este no tiene nada que ver con la creación del conocimiento) es sólo en los lenguajes vivientes que se encontrará nuevo conocimiento; y con

certeza, que en general, un joven va a aprender más de un lenguaje vivo en un año, que de uno muerto en siete; y en raras ocasiones el maestro sabe mucho más. La dificultad de aprended lenguajes muertos no surge de ninguna dificultad de comprensión intrínseca al lenguaje, más en su calidad de lenguaje muerto, y la pronunciación se ha perdido por completo. Sería lo mismo con cualquier otro lenguaje cuando éste llegue a morir. El mejor lingüista Griego que ahora exista, no entiende el Griego tan bien como un plomero Griego lo hacía, o un lechero Griego; y lo mismo para el Latín, comparado con un plomero o lechero de los Romanos; y con respecto a la pronunciación y modismo, no respecto a las vacas que ordeñó. Por esto sería ventajoso para el estado del aprendizaje, la abolición del estudio de las lenguas muertas, y hacer que el aprendizaje consista, como lo hacía originalmente, en el conocimiento científico.

La apología que en algunas ocasiones se hace para continuar enseñando lenguas muertas es son enseñadas en un tiempo cuando un niño no es capaz de ejercer ninguna otra facultad mental más que la de la memoria. Pero esto es erróneo del todo. La mente humana tiene una disposición natural al conocimiento científico, y a las cosas con él conectadas. El primer y favorito entretenimiento de un niño, incluso antes de que él empiece a jugar, es aquél de imitar las obras del hombre. Construye casas con palos o cartas, navega el pequeño océano de un tazón de agua con un bote de papel; detiene el correr de un arroyo, construye algo que él llama un molino; y se interesa en la suerte de sus obras con un cuidado que asemeja al afecto. Después él va a la escuela, donde su genialidad es asesinada por el barreno del estudio de una lengua muerta, y el filósofo se pierde en el lingüista.

Pero la apología hecha para la continuación de la enseñanza de lenguas muertas, no puede ser la causa de inicio para reducir el aprendizaje a la estrecha y humilde esfera de la lingüística; por esto debemos buscar la causa en otro lugar. En todas las búsquedas de este tipo, la mejor evidencia que se puede producir, es la evidencia interna que el hecho acarrea en sí mismo, y las evidencias circunstanciales que se le unen; de las cuales ambas, en este caso, no son difíciles de descubrir.

Dejando entonces de lado, a manera de consideración, la indignación ofrecida a la justicia moral de Dios, al suponerlo hacer al inocente sufrir por el culpable, y también a la moralidad y a la floja y baja ingenuidad de suponerlo cambiándose a sí mismo en la forma de un hombre, en orden de hacer una excusa a sí mismo por no ejecutar su supuesta sentencia sobre Adán; dejando, repito, esas cosas de lado a manera de consideración, es cierto que aquello llamado el sistema cristiano de fe, incluyendo en él el caprichoso relato de la creación – - la extraña historia de Eva, la serpiente, y la manzana – la anfibia ida de un hombre-dios – la corpórea ida de la muerte de un dios – la mitológica ida de una familia de dioses, y el sistema cristiano de la aritmética, donde tres son uno, y uno es tres, son todas irreconciliables, no sólo al divino regalo de la razón, que Dios ha dado al hombre, sino también con el conocimiento que el hombre gana del poder y la sabiduría de Dios y la ayuda de las ciencias, y por estudiar la estructura del universo que Dios ha hecho.

Los instaladores, defensores, y los seguidores del sistema Cristiano de fe, no podían más que prever el continuo y progresivo conocimiento que el hombre habría ganado con la ayuda de la ciencia, del poder y sabiduría de Dios, manifestada en la estructura del universo, y en todas las obras de la creación, que esto militaría en contra, y cuestionaría la veracidad de su sistema de fe; y por eso se convirtió en una necesidad para su propósito reducir el aprendizaje a un tamaño menos peligroso para su proyecto, y eso lo efectuaron restringiendo la idea del aprendizaje al estudio de las lenguas muertas.

Ellos no sólo rechazaron el estudio de la ciencia en las escuelas cristianas, también lo persiguieron; y es sólo alrededor de los últimos dos siglos que el estudio ha revivido. Apenas en 1610, Galileo, un florentino, descubrió e introdujo el uso de los telescopios, y al aplicarlos para observar los movimientos y apariencias de los cuerpos celestes, trajo medios adicionales para establecer la verdadera estructura del universo. En lugar de ser reconocido por esos descubrimientos, fue sentenciado a renunciar a ellos, o las opiniones que resultaran de ellos, como una herejía condenable. Y anteriormente a esos tiempos, Virgilio fue condenado a la hoguera por hablar de las antípodas, o en otras palabras, afirmar que la Tierra era un globo, y habitable en todo lugar donde hubiera tierra; aun así la verdad de esto es ahora bien conocida

para contarse. [NOTA: No puedo descubrir la fuete de esta afirmación concerniente al antiguo autor cuyo nombre Irlandés Feirghill era Latinizado a Virgilio. El Museo Británico posee una copia de la obra (Decalogiunt) la cual fue el pretexto del cargo de herejía hecho por Bonifacio, Arzobispo de Mayence, contra Virgilio, Abbot - obispo de Salzburgo. Éstos eran Líderes de los rivales partidos "Británico" y "Romano", y el campeón Británico contra acusó a Bonifacio por prácticas irreligiosas. Bonifacio tuvo que expresar un "arrepentimiento," pero de cualquier manera persiguió a su rival. El Papa Zacarías II, decidió que si su supuesta "doctrina, en contra de Dios y su alma, que debajo de la tierra hay otro mundo, otros hombres, o sol y luna, "fuera reconocida por Virgilio, éste sería excomulgado por un Concilio y condenado con sanciones canónicas. Lo que sea que haya sido la suerte involucrada con una condena "canonicis sanctionibus," en plana mitad del siglo octavo, no cayó sobre Virgilio. Su acusador, Bonifacio, fue martirizado, 755, y es probable que Virgilio armonizara sus Antípodas con ortodoxia. El gravamen de la herejía parece haber sido la sugerencia de la existencia de hombres ajenos a la prole de Adán. Virgilio fue nombrado Obispo de Salzburgo en 768. Cargó consigo hasta su muerte, 789, el curioso título de "Geómetra y Solitario" o "Caminante Solitario" (Solivagus). Una sospecha de herejía quedó unida a su memoria hasta 1233, cuando fue levantada por Gregorio IX, para santificarlo junto a su acusador, San Bonifacio. - Editor. (Conway)]

Si la creencia en errores no inmorales no causó daño, no sería parte de la obligación moral del hombre el oponerse y removerlos. No había daño moral en la creencia de que la tierra era tan plana como una zanja, tanto como había virtud moral en creer que era redonda como un globo; tampoco había ningún mal moral en creer que el Creador no había hecho ningún otro mundo más que este, tanto como había virtud moral en creer que él había hecho millones, y que el espacio infinito está lleno con mundos. Pero cuando un sistema religioso está hecho para crecer a partir de un supuesto sistema de creación que es falso, y por lo mismo se une a éste de una manera casi inseparable, el caso asume un terreno enteramente diferente. Es entonces que los errores, no moralmente malos, quedan llenos con los mismos daños como si ellos fueran el daño. Es entonces cuando la verdad, aunque de otra manera indiferente en sí, se convierte en algo esencial, tornándose en el criterio que confirma

como evidencia correspondiente, o niega por evidencia contradictoria, la realidad de la religión en sí misma. En vista de este caso es que es deber moral del hombre obtener toda posible evidencia proporcionada por la estructura de los cielos, o cualquier otra parte de la creación, con respecto a los sistemas de religión. Pero esto, los que apoyan y son partidarios del sistema cristiano, como temiendo el resultado, incesablemente se han opuesta y no solo han rechazado las ciencias, si no que han perseguido a sus profesores. Si Newton o Descartes hubieran vivido hace trescientos o cuatrocientos años, y hubieran llevado sus estudios como lo hicieron, lo más probable es que no hubieran vivido para terminarlos; y si al mismo tiempo Franklin hubiera atraído rayos de las nubes, hubiera sido con el peligro de morir por ello en el fuego.

En tiempos recientes ha decaído toda la culpa sobre los Godos y los Vándalos, pero, por muy indispuestos que estén los partisanos del sistema Cristiano a creerlo o a aceptarlo, es cierto de cualquier manera, que la era de la ignorancia comenzó con el sistema Cristiano. Había más conocimiento en el mundo anterior a ese periodo, que en el posterior por muchos siglos; y en cuanto al conocimiento religioso, el sistema Cristiano, como ya lo he dicho, fue solamente otra especie de mitología, y la mitología a la que sucedía, era una corrupción de un antiguo sistema de teísmo. [NOTA por Paine: Es imposible para nosotros por ahora saber en qué momento comenzó la mitología pagana empezó; pero una certeza, a partir de la evidencia interna que ella conlleva, que ella no comenzó en el mismo estado o condición con la que finalizó. Todos los dioses de esa mitología, exceptuando a Saturno, fueron una invención moderna. El supuesto reinado de Saturno fue anterior a aquello que se llama la mitología pagana, y fue a la larga una especie de teísmo que admitía la creencia de un solo Dios. Se supone que Saturno habría abdicado el gobierno a favor de sus tres hijos e hija, Júpiter, Plutón, Neptuno y Juno; después de esto, cientos de otros dioses y semidioses fueron creados imaginariamente, y el calendario de dioses creció tan rápido como el calendario de santos y el calendario de cortes han crecido desde entonces.

Todas las corrupciones que han tenido lugar, en teología y religión, se han producido al admitir aquello que el hombre llama "religión revelada." Los mitologistas tendían más a la religión revelada de lo que

lo hacen los cristianos. Ellos tenían sus oráculos y sus sacerdotes, quienes supuestamente recibían y entregaban la palabra de Dios verbalmente en casi todas las ocasiones.

Desde entonces todas las corrupciones desde Moloch a el moderno predestinarianismo, y los sacrificios humanos de los paganos al cristiano sacrificio del Creador, han sido producidos al admitir aquello llamado religión revelada, los medios más efectivos para prevenir todos los males e imposiciones similares, es no admitir ninguna otra revelación más que aquella que se manifieste en el libro de La Creación, y contemplar la Creación como la única y real palabra de Dios que alguna vez existió y existirá; y cualquier otra cosa llamada la palabra de Dios son cuentos e imposiciones. -Autor.]

Es debido a este largo interregno de la ciencia, y por ninguna otra causa, es que ahora tenemos que voltear atrás, a través de un vasto abismo de muchos cientos de años, a los respetables personajes que llamamos los Antiguos. Si la progresión del conocimiento hubiera continuado proporcionalmente con la cantidad de conocimiento que existía, ese abismo hubiera sido llenado con personajes creciendo superiores en conocimiento uno del otro; y aquellos Antiguos que ahora admiramos tanto, hubieran aparecido respetablemente en el fondo de la escena. Pero el sistema cristiano lo desperdició todo; y si tomamos nuestra posición acerca del principio del siglo dieciséis, volteamos a ver a través de ese largo abismo, a los tiempos de los Antiguos, como a través de un vasto y arenoso desierto, donde ni un arbusto parece interceptar la visión hacia las fértiles colinas que le siguen.

Es una inconsistencia pobremente posibilitada para ser creíble, que cualquier cosa existiera, bajo el nombre de una religión, que tuviera por irreligioso estudiar y contemplar la estructura del universo que Dios ha creado. Pero el hecho está muy bien establecido como para ser denegado. El evento que sirvió más que cualquier otro para romper el primer eslabón de esta larga cadena de ignorancia despótica, es aquél conocido como el nombre de La Reforma de Lutero. De aquél tiempo, aunque no parecía haber sido ninguna intención de Lutero, o de aquellos que son llamados los Reformistas, las Ciencias comenzaron a revivir, y La Liberalidad, su asociada natural, comenzó a aparecer. Esto fue el único beneficio público que trajo La Reforma; ya que, con respecto

al bien religioso, bien pudo no haber ocurrido. La mitología continuó igual; y la multiplicidad de Papas Nacionales creció a partir de la debacle del Papa del Cristianismo.

Capítulo XIII
Comparación del Cristianismo con las Ideas Religiosas Inspiradas por La Naturaleza

Habiendo así mostrado, de la evidencia interna de las cosas, la causa que produjo un cambio en el estado del aprendizaje, y el motivo para sustituir el estudio de las ciencias con el de las lenguas muertas, procedo, en adición a las observaciones hechas en la parte anterior de este trabajo, a comparar, o bien para confrontar, la evidencia de que la estructura del universo proporciona, contra el sistema cristiano de religión. Pero como no puedo empezar esta parte de mejor manera más que refiriéndome a las ideas que se me ocurrieron en una temprana parte de mi vida, y que en parte dudo que no se le hayan ocurrido a casi cualquier otra persona en un momento u otro, voy a afirmar lo que eran esas ideas, y sumar en adelante cualquier otra cuestión que surja a partir de ese tema, aportando al total, a manera de prefacio, una breve introducción.

Siendo mi padre cuáquero de profesión, fue mi buena fortuna haber tenido una extremadamente buena educación moral, y una tolerable cantidad de aprendizaje útil. Aunque asistí a la escuela de gramática, no aprendí el Latín, no por no haber tenido ninguna inclinación a aprender lenguajes, más por la objeción que tienen los cuáqueros en contra de los libros en los que se enseña el lenguaje. Pero esto no me previno de conocer los temas de todos los libros en Latín usados en la escuela.

La inclinación natural de mi mente era hacia la ciencia. Tenía algún ángulo, y creo que algún talento por la poesía; pero esto lo reprimía más de lo que lo motivaba, por encaminarse demasiado al terreno de la imaginación. Tan pronto como pude hacerlo, compré un par de globos, y asistí a las lecturas filosóficas de Martín y Ferguson, y después conocí al Dr. Bevis, de la sociedad llamada la Sociedad Real, que entonces vivía en el Templo, y un excelente astrónomo.

No tenía ninguna disposición para lo que era llamado política. Eso presentaba a mi mente ninguna otra idea más de la que está contendía en la palabra jockeyship. Cuando, entonces, enfoqué mis pensamientos hacia cuestiones de gobierno, tuve que formar un sistema propio, que concordara con los principios morales y filosóficos en los que yo había

sido educado. Yo vi, o por lo menos yo pensaba que veía, una vasta escena que se abría al mundo en los asuntos de América; y me parecía, que a menos que los Americanos cambiaran el plan que perseguían, con respecto al gobierno de Inglaterra, y se declararan independientes, ellos no sólo se involucrarían en una multiplicidad de nuevas dificultades, sino que también acabarían con el prospecto que se le estaba ofreciendo a la humanidad a través de sus medios. Fue desde estos motivos que publiqué la obra conocida por el nombre de Sentido Común, la cual es el primer trabajo que publiqué, y hasta dónde puedo juzgarme, creo que nunca hubiera sido conocido en el mundo como autor en cualquier tema, si no hubiera sido por los asuntos de América. Escribí Sentido Común al final del año de 1775, y lo publiqué el primero de enero de 1776. La Independencia se declaró el cuatro de julio siguiente [NOTA: El panfleto Sentido Común fue anunciado, como "recién publicado," el 10 de enero de 1776. Su petición para los Oficiales de Impuestos, escrita antes de salir de Inglaterra, fue impresa, mas no publicada hasta 1793. A pesar de su reiterada afirmación de que Sentido Común fue el primer trabajo que alguna vez publicó, la noción de que él era "junius" todavía encuentra algunos creyentes. Un comentario indirecto de nuestro Paine-Junians puede encontrarse en la Parte 2 de esta obra donde Paine dice que un hombre capaz de escribir Homero "no habría tirado su propia fama al dársela a otro." Es probable que Paine haya suscrito las Cartas de Junius a Thomas Hollis. Su amigo F. Lanthenas, en su traducción de La Edad de la Razón (1794) anuncia su traducción de las Cartas de Junius del Inglés "(Thomas Hollis)." Esto lo pudo hacer difícilmente sin consultarlo con Paine. Desafortunadamente esta traducción de Junius no se puede encontrar en La Biblioteca Nacional del Museo Británico, y no se puede decir si contiene algún intento por identificar a Junius - Editor.]

Cualquier persona, que ha hecho observaciones en el estado y progreso de la humanidad, al observar su propio, no puede más que haber observado, que hay dos clases distintas de lo que se llama Pensamientos; aquellos que producimos nosotros mismos por la reflexión y el acto de pensar, y aquellos que se precipitan dentro de la mente espontáneamente. Siempre he tenido como regla tratar esos visitantes voluntarios con civilidad, tomando el cuidado de examinarlos, tan bien como fui capaz, si eran dignos de tomarse en cuenta; y es de

ellos que he adquirido casi todo el conocimiento que tengo. En cuanto al aprendizaje que adquiere cualquier persona de la educación escolar, eso sirve únicamente, como un pequeño capital, para ubicarlo en el camino para empezar a aprender por sí mismo en adelante. Toda persona con aprendizaje al final es su propio maestro; la razón para esto es, que los principios, siendo de una cualidad distinta a las circunstancias, no pueden ser impresos en la memoria; su lugar de residencia mental es el entendimiento, y nunca son tan duraderas como cuando inician por concepción. Y hasta aquí con la parte de introducción.

Desde el tiempo en que fui capaz de concebir una idea, y actuar sobre ella reflexionando, yo, o dudaba de la verdad del sistema cristiano, o pensaba que era un asunto extraño; rara vez sabía que cuál de las dos era: pero bien recuerdo, cuando alrededor de los siete u ocho años de edad, escuchando un sermón leído por un conocido mío, quién era un gran devoto de la iglesia, sobre el tema de lo que es llamado Redención por la muerte del Hijo de Dios. Después de que terminó el sermón, fui al jardín, y estaba bajando por los escalones del jardín (ya que recuerdo perfectamente el lugar) me repugnó el recuerdo de lo que acababa de escuchar, pensé para mí que eso hacía actuar a Dios Todo Poderoso como un hombre apasionado, que mató a su hijo, cuando no pudo vengarse a sí mismo de ninguna otra manera; y como estaba seguro que un hombre que hiciera eso sería ahorcado, no podía ver por qué propósito predicaban esos sermones. Este no era la clase de pensamientos que conllevaban alguna ligereza infantil; para mí era una reflexión seria, surgiendo de la idea que yo tenía de que Dios era demasiado bueno para hacer semejante acto, y además muy sabio como para estar ante la necesidad de hacer algo como eso. Creo en lo mismo hasta este momento; y ahora creo de mayor manera, que cualquier sistema religioso que tenga en el cualquier cosa que alarme la mente de un niño, no puede ser un sistema verdadero.

Parecería como si los padres de profesión cristiana se avergonzaran en decirle a sus hijos cualquier cosa acerca de los principios de su religión. Ellos los instruyen en moral algunas veces, y les hablan de la bondad de lo que ellos llaman Providencia; ya que la mitología Cristiana tiene cinco deidades: está Dios el Padre, Dios el Hijo, Dios el Espíritu Santo, el Dios

Providencia, y la Diosa Naturaleza. Pero la historia cristiana de Dios el Padre matando a su hijo, o empleando gente para hacerlo, (ya que ese es el lenguaje llano de la historia,) no puede ser contada por un padre a su hijo; y decirle que esto fue hecho para hacer feliz y mejor a la humanidad, es empeorar la historia todavía más, como si la humanidad pudiera mejorar con el asesinato como ejemplo; y decirle que todo esto es un misterio, es sólo hacer una excusa por lo increíble de todo esto.

¡Qué diferente es esto a la simple y pura profesión del Deísmo! El verdadero deísta tiene una sola Deidad; y su religión consiste en contemplar el poder, la sabiduría y la benignidad de la Deidad en sus obras, y en su esfuerzo por imitarlo en toda cuestión moral, científica y mecánica.

La religión que se aproxima más que todas las otras al verdadero Deísmo, en la parte moral y benigna, es aquella profesada por los cuáqueros: pero se han contraído mucho a sí mismos al dejar las obras de Dios fuera de su sistema. Aunque yo reverencio su filantropía, no puedo evitar sonreír a la presunción, que si el gusto de un cuáquero hubiera sido consultado en la creación, ¡qué silenciosa y descolorida hubiera sido la creación! Ninguna flor hubiera florecido con alegría, ni se le hubiera permitido cantar a ninguna ave.

Abandonando estas reflexiones, procedo a otros asuntos. Después de hacerme un maestro en el uso de los globos, y en el orrery, [NOTA por Paine: Como este libro puede caer en las manos de personas que no saben lo que es un orrery, es para su información que agrego esta nota, ya que el nombre no da idea de la utilidad de la cosa. El orrery obtiene su nombre de la persona que lo inventó. Es una maquinaria de reloj, representando el universo en miniatura: y en el cuál la revolución de la tierra alrededor de sí misma y alrededor del sol, la revolución de la luna alrededor de la tierra, la revolución de los planetas en torno al sol. Sus distancias relativas al sol, como el centro del sistema, las distancias relativas de los unos con los otros, y sus diferentes magnitudes, están representadas como realmente existen en lo que nosotros llamamos los cielos. -Autor.] y concebí la idea de la infinidad del espacio, y de la eterna divisibilidad de la materia, y obtuve, al menos, un conocimiento general de lo que se llamaba la filosofía natural, empecé a comparar, o,

como he dicho anteriormente, a confrontar, la evidencia interna de esas cosas anteriormente mencionadas con el sistema cristiano de fe.

Aunque no es un artículo directo del sistema cristiano que este mundo que habitamos sea el total de la creación habitable, más está tan comprometido con ello, a partir de lo que es llamado la versión Mosáica de la creación, la historia de Eva y la manzana, y la contraparte de esa historia, la muerte del Hijo de Dios, que creer lo contrario, esto es, creer que Dios creó una pluralidad de mundos, tan numerosos al menos como lo que llamamos estrellas, representa al sistema cristiano pequeño y a la vez ridículo; y lo esparce en la mente como plumas en el aire. Las dos creencias no pueden sostenerse juntas en una misma mente; y aquél que piense que cree en ambas, ha meditado muy poco en cualquiera de las dos.

Aunque la creencia en una pluralidad de mundos era familiar para los antiguos, es sólo dentro de los últimos tres siglos que la extensión y las dimensiones de este globo que habitamos han sido establecidas. Varias naves, siguiendo la extensión del océano, han navegado alrededor del mundo, así como un hombre podría caminar en un círculo, y regresar por el lado contrario al punto de partida. Las dimensiones circulares de nuestro mundo, en su parte más ancha, así como un hombre mediría la parte más ancha de la circunferencia de una manzana, o una pelota, es sólo veinticinco mil y veinte millas Inglesas, considerando sesenta y nueve millas y media a un grado ecuatorial, y puede navegarse a su alrededor en un espacio aproximado de tres años. [NOTA por Paine: Dejando que un barco navegue, en promedio, tres millas en una hora, él navegaría totalmente alrededor del mundo en menos de un año, si pudiera navegar en un círculo directo, pero está obligado a seguir el curso del océano. -Autor.]

Un mundo de esta dimensión, a primera vista, nos parece ser enorme; pero si lo comparamos con la inmensidad de espacio en el que está suspendido, como una burbuja o un globo en el aire, es infinitamente menor en proporción que el grano más pequeño de arena lo es al tamaño del planeta, o la partícula más fina de rocía al total del océano, y por lo mismo es muy pequeño; y como se mostrará a continuación, es sólo uno en un sistema de planetas, de los que está compuesto la creación universal.

No es difícil tener una ligera idea de la inmensidad del espacio en el que este y los otros mundo están suspendidos, si seguimos una progresión de ideas. Cuando pensamos en el tamaño o dimensiones de, una habitación, nuestras ideas se limitan a las paredes, y ahí se detienen. Pero cuando nuestro ojo, o nuestra imaginación se lanza al espacio, esto es, cuando mira hacia arriba a lo que llamamos el aire libre, no podemos concebir ninguna de las paredes o límites que podría tener; y por el interés de darle descanso a nuestras ideas nosotros suponemos un límite, la pregunta se renueva inmediatamente, e inquiere, ¿qué hay detrás de ese límite? Y de la misma manera, ¿qué hay después de la siguiente frontera? Y así hasta que la imaginación fatigada regresa y dice, no hay un final. Ciertamente, entonces, el Creador no estaba corto de espacio al no hacer este mundo más grande de lo que es; y nosotros tenemos que buscar la razón en algo más.

Si hacemos un estudio de nuestro propio mundo, o en lugar de esto, de aquél que el Creador nos ha dado para usar como nuestra porción en el inmenso sistema de la creación, nos encontramos que toda parte de él, la tierra, las aguas, y el aire que lo rodea, está llena, y está atiborrada con vida, desde los animales más grandes que conocemos hasta el insecto más pequeño que el ojo pueda ver a simple vista, y de ahí a otros todavía más pequeños, y totalmente invisibles sin la ayuda de un microscopio. Cada árbol, cada planta, cada hoja, sirve no sólo como una habitación, más como un mundo para algunas numerosas razas, hasta que la existencia humana se vuelve tan extremadamente refinada, que la raíz de una hoja de pasto serviría de comida para miles.

Si, entonces, no hay lugar de nuestra tierra que no esté ocupado, ¿por qué habría de suponerse que la inmensidad del espacio es un vacío desnudo, tendido en un eterno desperdicio? No hay espacio para millones de mundos tan grandes o más grandes que el nuestro, y cada uno de ellos apartado millones de millas del otro.

Habiendo llegado a este punto, si llevamos nuestras ideas sólo un pensamiento más adelante, veremos, tal vez, la verdadera razón, o al menos una muy buena razón para nuestra felicidad, porqué el Creador, en lugar de hacer un mundo inmenso, extendiéndose sobre una inmensa cantidad de espacio, ha preferido dividir tal cantidad de materia en varios mundos distintos y separados, a los cuales llamamos planetas, y

de los cuales nuestra tierra es uno. Pero antes de explicar mis ideas sobre este tema, es necesario (no por el interés de aquellos que ya lo sepan, más por aquellos que no) mostrar lo que es el sistema del universo.

Capítulo XIV
Sistema del Universo

Aquella parte del universo llamada el sistema solar (queriendo decir el sistema de mundos al que pertenece nuestra tierra, y del que el Sol es el centro) consiste, además del Sol, de seis distintos orbes, o planetas, o mundos, además de cuerpos secundarios llamados satélites, o lunas, de las cuales nuestra tierra tiene una que la acompaña en su anual revolución alrededor del Sol, de la misma manera en que otros satélites o lunas, acompañan a los planetas o mundos a los que varias pertenecen, como puede apreciarse con la ayuda de un telescopio.

El Sol es el centro alrededor del cual se revuelven aquellos seis mundos o planetas a distancias diferentes, y en círculos concéntricos unos de los otros. Cada mundo se mantiene constantemente en casi la misma extensión alrededor del Sol, y continúa al mismo tiempo girando alrededor de sí mismo, en casi una posición vertical, como una tapa gira alrededor de sí misma cuando se le da vueltas en el suelo, y se inclina un poco hacia un lado.

Es esta inclinación de la tierra (23.5 grados) lo que ocasiona el verano y el invierno, y las distintas duraciones de los días y las noches. Si la tierra girara sobre sí misma en una posición perpendicular al plano o nivel del círculo por el que se mueve en torno al Sol, como una tapa gira en el piso, los días y las noches serían siempre de la misma duración, doce horas el día y doce horas la noche, y la estación sería uniformemente la misma a lo largo del año.

Cada vez que un planeta (nuestra tierra por ejemplo) gira en torno a sí misma, produce lo que llamamos el día y la noche; y cada vez que gira totalmente alrededor del Sol, produce lo que llamamos un año, consecuentemente nuestro mundo gira trescientos sesenta y cinco veces sobre sí misma, mientras da una vuelta en torno al Sol.

Los nombres que los antiguos dieron a esos seis mundos, y los mismos con los que los llamamos ahora, son Mercurio, Venos, este mundo que llamamos nuestro, Marte, Júpiter, y Saturno. Ellos se ven más grandes al ojo que las estrellas, al estar millones de millas más cerca de nuestra tierra que cualquier otra estrella. El planeta Venus es aquél que

llamamos la estrella de la tarde, y algunas veces la estrella de la mañana, ya que ella suela meterse después o salir antes que el Sol, que en cualquiera de los casos nunca es un tiempo mayor a tres horas.

El Sol como lo mencioné antes, siendo el centro, el planeta o mundo más cercano al Sol es Mercurio; su distancia del sol es de treinta y cuatro millones de millas, y se mueve alrededor en un círculo siempre a la misma distancia del Sol, como una tapa debería de girar alrededor de un camino por el que un caballo camina en un molino. El segundo mundo es Venus; ella está a cincuenta y siete millones de millas de distancia del Sol, y consecuentemente se mueve alrededor en un círculo mucho más grande que el de Mercurio. El tercer mundo es este que habitamos, y el cual está a ochenta y ocho millones de millas de distancia del Sol, y consecuentemente se mueve alrededor de un círculo mayor al de Venus. El cuarto mundo es Marte; está a ciento treinta y cuatro millones de millas y consecuentemente se mueve alrededor en un círculo mayor a aquél de la tierra. El quinto es Júpiter; él está a quinientas cincuenta y siete millones de millas, y consecuentemente se mueve alrededor en un círculo mayor a aquél de Marte. El sexto mundo es Saturno, él está a setecientas sesenta y tres millones de millas, y consecuentemente se mueve alrededor en un círculo que rodea a los círculos u órbitas de todos los otros mundos o planetas.

El espacio, entonces, en el aire, o en la inmensidad del espacio, que ocupa nuestro sistema solar para que todos los mundos desempeñen sus revoluciones en torno al Sol, es de la extensión en una línea recta del total del diámetro de la órbita o círculo en el cuál Saturno se mueve alrededor del Sol, que siendo el doble de su distancia al Sol, es de mil quinientos veintiséis millones de millas; y su extensión circular es de casi cinco mil millones; Y su contenido global es de casi tres mil quinientos millones multiplicado por tres mil quinientos millones de millas cuadradas. [NOTA por Paine: Si se preguntara, ¿cómo puede saber el hombre estas cosas? Tengo una simple respuesta para dar, que es, que el hombre sabe cómo calcular un eclipse, y también sabe cómo calcular al minuto la hora cuando el planeta Venus, al hacer sus revoluciones alrededor del Sol, se alineará entre la tierra y el Sol, y aparecerá a nosotros del tamaño de un gran chícharo entre la cara del Sol. Esto sucede no más de dos veces en alrededor de cien años, a la distancia de

alrededor de ocho años una de otra, y ha sucedido dos veces en nuestro tiempo, ambas de las cuales fueron pronosticadas por cálculos, También se puede saber cuándo van a volver a suceder en los próximos mil años, o a cualquier otra porción de tiempo. Por lo mismo, el hombre no pudo haber sido capaz de hacer estas cosas si no hubiera entendido el sistema solar, y la manera en la que las revoluciones de los distintos planetas o mundos son efectuadas, el hecho de calcular un eclipse, o un tránsito de Venus, es una prueba que apunta a que el conocimiento existe; y para algunos miles, o incluso algunos millones de millas, más o menos, no hace ninguna diferencia sensible en distancias tan inmensas. -Autor.]

Pero esto, tan inmenso como es, es sólo un sistema de mundos. Más allá de esto, a una vasta distancia dentro del espacio, más allá de cualquier poder de cálculo, están las estrellas llamadas estrellas fijas. Se les llama fijas, porque no tienen un movimiento rotatorio, como lo tienen los seis mundos o planetas que he descrito. Estas estrellas fijas siempre están a la misma distancia una de otra, y siempre en el mismo lugar, como lo hace el Sol en el centro de nuestro sistema. La probabilidad, entonces, es que cada una de estas estrellas fijas sea también un Sol, alrededor del cual hay otro sistema de planetas, aunque muy remoto para descubrirlo nosotros, efectuando sus revoluciones, como nuestro sistema de mundos lo hace alrededor de nuestro Sol central. Por esta sencilla progresión de ideas, la inmensidad del espacio nos parecerá estar llena con sistemas de mundos; y que ninguna parte del espacio se tiende al desperdicio, tanto como ninguna parte de nuestro globo de tierra y agua se deja sin ocupar.

Habiéndonos esforzado en expresar, en una manera familiar y sencilla, alguna ida de la estructura del universo, regreso a explicar lo que anteriormente aludí, principalmente, los grandes beneficios para el hombre como consecuencia de la voluntad del Creador al hacer una Pluralidad de mundos, como lo es nuestro propio sistema, consistente de un Sol central y seis mundos, además de los satélites, preferentemente a aquél de crear sólo un mundo de vasta extensión.

Capítulo XV
Ventajas de la Existencia de Muchos Mundos en cada Sistema Solar

Es una idea que nunca he perdido de vista, la de que todo nuestro conocimiento científico se deriva de revoluciones (exhibidas a nuestros ojos y de ahí a nuestro entendimiento) que aquellos planetas o mundos que componen nuestro sistema hacen en sus circuitos alrededor del Sol.

Si entonces la cantidad de materia que contienen estos seis mundos fueran mezclados en un solo globo, la consecuencia para nosotros hubiera sido, o que no hubiera existido ningún movimiento de revolución, o no hubiera habido suficiente de él como para darnos las ideas y conocimiento de la ciencia que ahora tenemos; y es a partir de las ciencias que se derivan todas las artes mecánicas que contribuyen tanto a nuestra felicidad y confort terrenal.

Como entonces el Creador no hizo nada en vano, así también se debe creer que la estructura del universo ha sido organizada de la manera más ventajosa y benéfica para el hombre; y como vemos, y sentimos a partir de la experiencia, los beneficios que obtenemos de la estructura del universo, formada como está, y cuyos beneficios no hubiéramos tenido la oportunidad de gozar si la estructura, tan lejos como se relacione con nuestro sistema, hubiera sido la de un globo solitario, podemos descubrir al menos una razón de porqué una pluralidad de mundos ha sido creado, y esa rallón reclama la devota gratitud del hombre, así como su admiración.

Pero no es para nosotros, los habitantes de este globo, únicamente, a quienes están limitados los beneficios existentes a partir de la pluralidad de mundos. Los habitantes de cada uno de los mundos de los que está compuesto nuestro sistema, gozan las mismas oportunidades de conocimiento que nosotros. Ellos observan el movimiento de revolución de nuestra tierra, como nosotros observamos la suya. Todos los planetas se revuelven a la vista de los otros; y, entonces, la misma escuela universal de la ciencia se presenta por sí misma a todos.

Tampoco el conocimiento se detiene ahí. El sistema de mundos próximo a nosotros exhibe, en sus revoluciones, los mismos principios y

escuela de ciencia, a los habitantes de su sistema, como nuestro sistema lo hace para nosotros, y de la misma manera a lo largo de la inmensidad del espacio.

Nuestras ideas, no sólo del absoluto poder del Creador, más también de su sabiduría y su beneficencia, aumentan en proporción como contemplamos la extensión y la estructura del universo. La solitaria idea de un mundo solitario, rolando o en descanso en el inmenso océano del espacio, da lugar a la animada idea de una sociedad de mundos, tan felizmente relacionados como para administrar, aún por su movimiento, instrucción para el hombre. Vemos nuestra tierra llena con abundancia; pero nos olvidamos de considerar qué tanto de esa abundancia se debe al conocimiento científico que ha desdoblado la vasta maquinaria del universo.

Capítulo XVI
Aplicación de lo Anterior al Sistema de los Cristianos

PERO, en medio de estas reflexiones, ¿qué habremos de pensar del sistema cristiano de fe que se forma a partir de la idea de un solo mundo, y aquella no mayor extensión, a como se muestra anteriormente, de veinticinco mil millas? Una extensión que un hombre, caminando a razón de tres millas por hora durante doce horas al día, si pudiera continuar en una dirección circular, caminaría alrededor en su totalidad en menos de dos años. ¡Ay! ¿Qué es esto para el imponente océano de espacio, y para el totalmente imponente poder del Creador?

¿De dónde entonces pudo surgir la solitaria y extraña presunción de que el Todo Poderoso, que tuvo millones de mundos igualmente dependientes de su protección, hubiera renunciado el cuidado de todo el resto, y hubiera venido a morir en el nuestro, porque, así dicen, un hombre y una mujer comieron una manzana? Y, en la otra mano, ¿hemos de suponer que todos los mundos en la infinita creación tuvieron una Eva, una manzana, una serpiente y un redentor? En ese caso, la persona irreverentemente llamada el Hijo de Dios, y en ocasiones Dios mismo, no hubiera tenido nada más que hacer que viajar de mundo en mundo, en una infinita sucesión de muerte con apenas un breve intervalo de vida.

Ha sido por rechazar la evidencia, que la palabra, o las obras de Dios en la creación, alcanza para que nuestros sentidos, y la acción de nuestra razón sobre esa evidencia, que muchos salvajes y caprichosos sistemas de fe y religión se hayan fabricado y se hayan puesto en marcha. Pueden haber muchos sistemas de religión que más allá de ser moralmente malos pueden ser en muchos respectos moralmente buenos; pero sólo UNO puede ser cierto; y aquél necesariamente debe, como siempre deberá, ser en todas las cosas consistente con la eterna palabra de Dios que contemplamos en sus obras. Pero tan extraña es la construcción del sistema cristiano de fe, que toda evidencia que los cielos aportan al hombre, lo contradice directamente o lo representa como un absurdo.

Es posible creer, y yo siempre siento placer en animarme a creerlo, que ha habido hombres en el mundo que se convencieron a sí mismos de que lo que llamamos un fraude piadoso, al menos bajo circunstancias particulares, puede producir algún bien. Pero el fraude una vez establecido, no se puede explicar posteriormente; ya que es con un fraude piadoso como con una mala acción, que se engendra una calamitosa necesidad de seguir adelante.

La gente quién originalmente predicó el sistema cristiano de fe, y en alguna medida lo combinaron con la moral predicada por Jesús Cristo, pudieron persuadirse a sí mismos que era mejor que la mitología pagana que entonces prevalecía. De los primeros predicadores el fraude continuó a los segundos, y a los terceros, hasta que la idea de ser un fraude piadoso se perdió en la creencia de ser verdadera; y esa creencia nuevamente se motivó por el interés de aquellos que se ganaban la vida predicándola.

Pero tal creencia, por tales medios, interpretada generalmente por el laicado, es próxima a ser imposible de acreditar la continua persecución llevada a cabo por la iglesia, por varios cientos de años, en contra de las ciencias, y en contra de los profesores de las ciencias, si la iglesia no tuviera algún registro o tradición que no fuera originalmente otra que un fraude piadoso, o no previeran que no podría mantenerse en contra de la evidencia que la estructura del universo aportaba.

Capítulo XVII
De los Medios Utilizados en Todo el Tiempo, y Casi Universalmente, para Engañar a la Gente

HABIENDO así mostrado las irreconciliables inconsistencias entre la real palabra de Dios que existe en el universo, y aquella que es llamada la palabra de Dios, como se nos muestra en un libro impreso que cualquier hombre pudo hacer, procedo a hablar de los tres principales medios que se han utilizado en todas las eras, y tal vez en todos los países, para imponerse sobre la humanidad.

Estos tres medios son el Misterio, el Milagro y la Profecía. Los dos primeros son incompatibles con la verdadera religión, y del tercero debería sospecharse siempre.

Con respecto al Misterio, todo lo que observamos es, en un sentido, un misterio para nosotros. Nuestra propia existencia es un misterio: la totalidad del mundo vegetal es un misterio. No podemos dar cuenta de cómo una bellota, cuando colocada en la tierra, se hace desarrollar a sí misma y se convierte en un roble. No sabemos cómo es que la semilla que sembramos se desdobla y se multiplica a sí misma, y nos reporta tal abundante interés por tan pequeño capital.

El hecho como quiera que sea, tan distinto de la causa que lo opera, no es un misterio, porque lo vemos; y sabemos también los medios que habremos de usar, que no es otro más que colocar la semilla en la tierra. Sabemos, por eso, tanto como es necesario para nosotros saber; y esa parte de la operación que no conocemos, y la que si lo hiciéramos, no podríamos realizar, el Creador la toma por sí mismo y la realiza por nosotros. Estamos, entonces, mejor que si nos hubieran contado el secreto, y nos dejaran a hacerlo por nosotros mismos.

Pero aunque toda criatura creada es, en este sentido, un misterio, la palabra misterio no se puede aplicar a la verdad moral, tanto como la obscuridad se puede aplicar a la luz. El Dios en el que creemos es un Dios de verdad moral, y no un Dios de misterio y obscuridad. El misterio antagoniza con la verdad. Es una niebla de invención humana que obscurece la verdad, y la representa distorsionada. La verdad nunca se

envuelve a sí misma en un misterio; y el misterio en el que en cualquier momento esté envuelto, es obre de su antagonista, y nunca de sí misma.

La Religión, entonces, siendo la creencia de un Dios, y la práctica de la verdad moral, no puede estar conectada con el misterio. La creencia de un Dios, tan alejada de tener algo de misterio en ella, es de todas las creencias la más sencilla, porque surge ante nosotros, como se observó anteriormente, a partir de la necesidad. Y la práctica de la verdad moral, o en otras palabras, una imitación práctica de la bondad moral de Dios, no es otra más que nuestro actuar hacia los otros como Él actúa bondadosamente hacia todos. No podemos servir a Dios en la manera en que servimos a aquellos que no pueden subsistir sin tal servicio; y, por ello, la única idea que podemos tener sobre servir a Dios, es aquella de contribuir a la felicidad de la creación viviente que Dios ha hecho. Esto no puede realizarse retirándonos de la sociedad del mundo, y pasar una vida recluida en una devoción egoísta.

La misma naturaleza y diseño de la religión, si así puedo expresarlo, prueba hasta la demostración que debe ser libre de cualquier forma de misterio, y sin incumbencia con cualquier cosa que sea misteriosa. La Religión, considerada como un deber, es de incumbencia sobre toda alma viviente por igual, y, por eso, debe estar a nivel con la comprensión y entendimiento de todos. El hombre no aprende sobre religión como aprende los secretos y misterios de un oficio. Él aprende la teoría de la religión por reflexión. Ello surge a partir de la acción de su propia mente sobre las cosas que ve, o sobre aquello que pueda oír o leer, y la práctica se une en adelante.

Cuando el hombre, ya sea por política o por un fraude piadoso, articula sistemas de religión incompatibles con la palabra o las obras de Dios en la creación, y no sólo por encima si no repugnantes a la comprensión humana, estaban bajo la necesidad de inventar o adoptar una palabra que debería de servir como un límite a todas las preguntas, interrogatorios y especulaciones. La palabra misterio era la respuesta a este propósito, y así ha pasado que la religión, que es en sí misma sin misterio, ha sido corrompida a una niebla de misterios.

Como el misterio contestaba todos los propósitos generales, el milagro continuó como un auxiliar ocasional. El primero sirvió para desconcertar

a la mente, y el segundo para enredar los sentidos. El uno fue el idioma, y el otro la prestidigitación.

Pero antes de seguir adelante en este tema, será correcto interrogar lo que se ha de entender por milagro.

En el mismo sentido en que se puede decir que todo es un misterio, también se puede decir que todo es un milagro, y que ninguna cosa es un mayor milagro que la otra. El elefante, aunque más grande, no es un milagro más grande que el ratón: ni una montaña es mayor milagro que un átomo. Para un poder todo poderoso no es más difícil hacer una cosa que la otra, y no es más difícil hacer un millón de mundos que hacer uno. Toda cosa, por eso, es un milagro, en un sentido; aunque, en el otro sentido, no hay tal cosa como un milagro. Es un milagro cuando es comparado a nuestro poder, y a nuestra comprensión. No es un milagro comparado al poder que lo actúa. Pero como nada en esta descripción comunica la idea que se relaciona a la palabra milagro, es necesario llevar el interrogatorio más adelante.

La humanidad ha concebido para sí misma ciertas leyes, por las cuales afirman que la naturaleza está supuesta a actuar; y que un milagro es algo contradictorio a la operación y el efecto de aquellas leyes. Pero a menos que conozcamos la totalidad de aquellas leyes, y de lo que comúnmente se conoce como los poderes de la naturaleza, no somos capaces de juzgar si algo que nos parezca increíble o milagroso, esté dentro, más allá, o sea contrario a su poder natural de actuar.

La ascensión de un hombre a varias millas de altura en el aire, hubiera tenido en ella todo lo que constituye la idea de un milagro, si no fuera conocido que se puede generar una especie de aire varias veces más ligero que el aire atmosférico común, y aún posé la suficiente elasticidad para prevenir que el globo, en el cual ese aire ligero está contenido, de ser comprimido por el aire común que lo rodea. De la misma manera, extraer luces y chispas de fuego del cuerpo humano, tan visibles como las producidas por el golpe de un metal contra un pedernal, y causando que el acero o el hierro se muevan sin ningún agente visible, también darían la idea de un milagro, si no tuviéramos conocimiento de la electricidad y el magnetismo; así también pasaría con muchos otros experimentos en filosofía natural, para aquellos que no conocen el tema.

Restaurar a la vida a personas que parecen muertas como se practica con personas ahogadas, también sería un milagro, si no se supiera que la animación puede ser suspendida sin que sea extinta.

Además de esto, hay actuaciones por juegos de manos, y por personas actuando en concierto, que tienen una apariencia milagrosa, las cuales, cuando conocidas, no se piensa nada de ellas. Y, además de estas, hay engaños mecánicos y ópticos. Ahora hay una exhibición en Paris de fantasmas y espectros, que, aunque no se imponen sobre los espectadores como un hecho, tiene una apariencia increíble. Como, entonces, no conocemos la totalidad a la que el arte o la naturaleza pueden llegar, no hay un criterio para determinar lo que es un milagro; y la humanidad, al darle crédito a las apariencias, bajo la idea de que son milagros, es sujeto de ser abusada continuamente.

Como, entonces, las apariencias son tan capaces de engañar, y las cosas que no son reales tienen un fuerte parecido con cosas que lo son, nada puede ser más inconsistente que suponer que el Todo Poderoso hubiera usado medios, como aquellos que son llamados milagros, que hubieran sujetado a la persona que los realizó a la sospecha de ser un impostor, y a la persona que los relató a ser sospechosa de mentir, y por lo mismo sospechar de la teoría que intentaban apoyar como una invención fabulosa.

De todos los modos de evidencia que alguna vez se inventaron para obtener credibilidad para algún sistema u opinión a la que se le ha dado el nombre de religión, aquél de milagro, tan exitosa como haya sido la imposición, es la más inconsistente. Ya que, en primer lugar, siempre que se ha recurrido a esta representación, con el propósito de procurar esa creencia (ya que un milagro, bajo cualquier idea de la palabra, es una representación) ello implica una debilidad o una pobreza en la doctrina que se predica. Y, en segundo lugar, está degradando al Todo Poderoso al papel de un hombre espectáculo, haciendo trucos para entretener y hacer a la gente ver y dudar. También es el tipo de evidencia más equivocado que se puede emplear; ya que la creencia no ha de depender sobre aquello llamado milagro, si no sobre el crédito de aquél que lo reporta, quién dice haberlo visto; y, por eso, el hecho, si fuera cierto, no tendría mejor oportunidad de ser creído a que si fuera una mentira.

Supongamos que yo dijera, que cuando me senté a escribir este libro, una mano se presentó a sí misma en el aire, tomó la pluma y escribió cada palabra que aquí está escrita; ¿alguien me lo creería? Seguramente no. ¿Me lo creerían un poco más si aquello hubiera sido un hecho? Seguramente no. Por ello un verdadero milagro, si sucediera, sería sujeto a la misma suerte que una mentira, la inconsistencia aumenta al suponer que el Todo Poderoso hiciera uso de medios que no respondieran al propósito por el cual fueron pensados, aún si fueran reales.

Si hemos de suponer que un milagro sea algo totalmente fuera del curso de lo que llamamos naturaleza, que ella tuviera que salir de ese curso para lograrlo, y nosotros vemos un relato de tal milagro hecho por una persona quién dice haberlo visto, surge una pregunta en la mente muy fácil de decidir, la que es, — ¿Es más probable que la naturaleza salga de su curso, o que un hombre diga una mentira? Nunca hemos visto, en nuestro tiempo, a la naturaleza salir de su curso; pero tenemos buenas razones para creer que millones de mentiras se han dicho en el mismo tiempo; es, por eso, por lo menos millones a uno, la probabilidad de que el reportero del milagro esté diciendo una mentira.

La historia de la ballena tragándose a Jonás, aunque una ballena es lo suficientemente grande para hacerlo, bordea enormemente lo maravilloso; pero se habría aproximado más a la idea de milagro, si Jonás se hubiera tragado a la ballena. En esto, que podría servir para todos los casos de milagros, el asunto se decidiría a sí mismo del modo descrito anteriormente, básicamente, ¿Es más probable que un hombre se hubiera tragado una ballena, o que hubiera dicho una mentira?

Pero supongamos que Jonás realmente se hubiera tragado una ballena, y hubiera ido con ella en su barriga a Nínive, y para convencer a la gente la hubiera arrojado en su presencia, de la completa talla y tamaño de una ballena, ¿ellos no habrían creído que él era el diablo en lugar de un profeta? O si la ballena hubiera llevado a Jonás a Nínive, y lo hubiera arrojado de la misma pública manera, ¿ellos no hubieran creído que la ballena fuera el diablo, y Jonás uno de sus diablillos?

La más extraordinaria de todas las cosas llamadas milagros, relatadas en el Nuevo Testamento, es aquella del diablo volando lejos con Jesús Cristo, y llevándolo a la cima de una montaña; y a la punta del pináculo

más alto del templo, y mostrándole y prometiéndole todos los reinos del mundo. ¿Cómo pasó esto que él no descubrió América? ¿o es que es sólo en los reinos que su alteza tiene algún interés?

Tengo mucho respeto por el carácter moral de Cristo para creer que él mismo contó esta ballena de milagro: así como tampoco es fácil acreditar por qué propósito pudo haber sido fabricado, a menos que fuera para someter a los conocedores de milagros, así como algunas veces se practica sobre los conocedores de las monedas de la Reina Ana, y los coleccionistas de reliquias y antigüedades; o representar la creencia de milagros ridículos, al exagerar milagros, como Don Quijote exageraba la cortesía; o para avergonzar la creencia en milagros, al hacer dudoso por qué poder, ya sea de Dios o del diablo, se realizó cualquier cosa llamada un milagro. Se requiere, de cualquier manera, una gran cantidad de fe en el diablo para creer este milagro.

Desde cualquier punto de vista en el que aquellas cosas llamadas milagros se puedan colocar y considerar, su realidad es improbable, y su existencia innecesaria. Ellos no hubieran, como se observó anteriormente, respondido ningún propósito útil, aún si fueran reales; ya que es más difícil obtener la creencia en un milagro, que en un principio evidentemente moral, sin ningún milagro. Un principio moral habla universalmente por sí mismo. Un milagro puede ser sólo una cosa del momento, y presenciado sólo por unos pocos; después de esto requiere una transferencia de fe de Dios al hombre para creer un milagro basado en un reporte humano. Entonces, en lugar de admitir los recitales de milagros como evidencia de algún sistema de religión como ciertos, ellos deberían ser considerados como síntomas de que dichos sistemas son fabulosos. Es necesario para el total y recto carácter de la verdad que hay que rechazar la muletilla; y es consistente con el carácter de la fábula buscar la ayuda de aquello que la verdad rechaza. Es tanto del Misterio y el Milagro.

Como el Misterio y el Milagro tomaron cuenta del pasado y el presente, la Profecía tomó cuanta del futuro, y redondeó los tiempos de la fe. No era suficiente saber lo que se había hecho, había que saber lo que se habría de hacer. El supuesto profeta era el supuesto historiador de los tiempos por venir; y si pasara que, al tirar con un largo arco de unos miles de años, atinar a unos miles de millas de una marca, la

ingenuidad de la posteridad lo convertiría en un certero blanco; y si pasara que estuviera directamente equivocado, era sólo para suponer, como en el caso de Jonás y Nínive, que Dios se había arrepentido y había cambiado de parecer. ¡Qué clase de tonto hacen del hombre los sistemas fabulosos!

Se ha mostrado, en una anterior parte de esta obra, que el sentido original de las palabras profeta y profetizar se ha cambiado, y que un profeta, en el sentido ahora aplicado a la palabra, es una creatura que transmite invenciones; y es debido a este cambio en el significado de las palabras, que los vuelos y metáforas de los poetas Judíos, y las frases y expresiones ahora representadas oscuras al nosotros ignorar las circunstancias locales a las que se aplicaban en el tiempo que fueron usadas, han sido erguidas en profecías, y se han torcido en explicaciones a voluntad y la caprichosa presunción de sectarios, expositores y comentaristas. Cualquier cosa ininteligible era algo profético, y cualquier cosa insignificante era típica. Cualquier metida de pata hubiera servido para una profecía; y cualquier harapo por un tipo.

Si por un profeta hemos de suponer a un hombre a quien el Todo Poderoso comunicó algún evento que tendría lugar en el futuro, aún si hubieran tales hombres, o no los hubieran. Si los hubiera, es consistente creer que el evento comunicado sería transmitido en términos comprensibles, y no relatados en tal suelta y oscura manera que salieran de la comprensión de aquellos que lo escucharan, y tan equívocos como para ajustarse a casi cualquier circunstancia que pudiera ocurrir después. Es concebir muy irreverentemente al Todo Poderoso, el suponer que él tratara de esta manera tan jocosa a la humanidad; aun así todas las cosas llamadas profecías en el libro llamado la Biblia caen bajo esta descripción.

Pero pasa con la Profecía como pasa con el Milagro. No podría cumplir con el propósito aún si fuera real. Aquellos a quienes habría de decírseles una profecía no podrían afirmar si el hombre profetizó o mintió, o si ella habría sido revelada a él, o si fue una presunción suya, y si la cosa que él profetizó, o pretendió profetizar, habría de suceder, o algo por el estilo, entre la multitud de cosas que están pasando todos los días, nadie podía saber si él lo sabía con anticipación, o si lo adivinó, o si fue algo accidental. Un profeta, entonces, es un personaje inútil e

innecesario; y el lado seguro del caso es cuidarse de ser manipulados, quitándole el crédito a tales relaciones.

Sobre el total, Misterio, Milagro y Profecía, hay apéndices que pertenecen a la fábula y no a la verdadera religión. Son los medios por los cuales tantos ¡Helos aquí! y ¡Helos allá! Han separado al mundo, y se ha hecho un oficio de la religión. El éxito de un impostor dio ánimo al otro, el acallar de la conciencia de hacer algo de bien al continuar con un fraude piadoso los protegió del remordimiento.

RECAPITULACIÓN

HABIENDO extendido el tema a una mayor distancia de la que originalmente pretendía, lo voy a llevar a un cierre abstrayendo un sumario del total.

Primero. Que la idea o la creencia de una palabra de Dios existiendo impresa, o en escritura, o en discurso, es inconsistente en sí misma por las razones ya dispuestas. Estas razones, entre muchas otras, son la necesidad de un lenguaje universal; la mutabilidad del lenguaje; los errores a los que las traducciones están sujetas, la posibilidad de suprimir totalmente tal palabra; la probabilidad de alterarla, o de fabricarla totalmente, e imponerla al mundo.

Segundo. Que la Creación que contemplamos es la real y eterna palabra de Dios, en la que no podemos ser engañados. Ella pproclama su poder, demuestra su sabiduría, manifiesta su bondad y benevolencia.

Tercero. Que el deber moral del hombre consiste en imitar la bondad moral y benevolencia que Dios manifestó en la creación hacia sus creaturas. Que ver como lo hacemos a diario la bondad de Dios hacia todo hombre, es un ejemplo que llama a todo hombre a practicar lo mismo hacia los otros; y. consecuentemente, que toda persecución y venganza entre los hombres, y toda crueldad hacia los animales, es una violación del deber moral.

No me preocupo acerca de la manera de una futura existencia. Me contento con creer, hasta la convicción positiva, que el poder que me dio la existencia es capaz de continuarla, en cualquier forma y manera que le plazca, ya sea con o sin este cuerpo; y me parece más probable continuar existiendo de aquí en adelante a haber existido, como ahora lo hago, antes de que iniciara tal existencia.

Es cierto que, en un punto, todas las naciones de la tierra y todas las religiones concuerdan. Todas creen en un Dios. Las cosas en las que no concuerdan son las redundancias anexas a esa creencia; y por eso, aún si una religión universal prevaleciera, ella no va a estar creyendo nada nuevo, si no que va a estar desechando las redundancias, y creyendo como el hombre lo hacía al principio. [En la infancia del mundo," de

acuerdo con la primera versión (francés); y la estricta traducción del último enunciado es: "el Deísmo era la religión de Adán, suponiéndolo un ser no imaginario; pero de cualquier manera deberá dejarse a todo hombre, como es su derecho, la religión y el culto que ellos prefieran. -Editor.] Adán, si alguna vez hubo tal hombre, fue creado un Deísta; pero entre tanto, que cada hombre siga, como tiene el derecho a hacerlo, la religión y el culto que él prefiera.